
ciencia ficción en bits
AXXÓN
282

Axxón 282

Separe a su hijo con Polaris, Inc.

Mariano Rodríguez

ARGENTINA

–Quisiera ofrecerles café, pero lo han vuelto a poner en la lista de substancias prohibidas.

–Oh, ¿cuándo?

–Ayer, a última hora.

–¡Y yo que compré una bolsa de Polaris Moka! ¡Seré estúpida!

–Siempre puede canjearla por puntos de amor.

–Ya la he abierto.

–Bueno, en ese caso le conviene refrigerarlo y esperar al próximo anuncio. Tal vez lo remuevan.

Carraspeó, separando el cuello húmedo de su camisa.

–Entonces, ¿han encontrado el edificio sin problemas?

–Sí, tomamos una plataforma de reserva.

–Bien, bien.

–De único destino. La estábamos guardando.

–Para una ocasión especial, supongo.

–Exacto.

El representante de *Polaris* regaló una sonrisa suavizante a la pareja. Los analistas habían hecho un informe previo sobre esta captación que lo tenía excitado. *Alto riesgo de fracaso y muerte prematura. En caso de éxito hay probabilidades de cepa desconocida. Ofertar sin límites.*

Si concretaba esta adquisición dejaría de ser un captador raso. Para eso debía concentrarse en el trabajo y olvidar la denuncia de exterminio exprés que había puesto contra su propia esposa el día anterior. No tenía respuesta en el correo. Seguramente la entrevistaran a ella antes de tomar una decisión, hasta entonces seguía casado.

Se concentró en la pareja al otro lado del escritorio.

La señora llevaba seis días de embarazo y moría por hablar. Su marido permanecía en silencio, con las manos sobre las piernas y mirando hacia el sol intermitente, a través del ventanal. Aún no había abierto la boca.

–Si les molesta la intermitencia puedo nublar las ventanas. Se suponía que hoy íbamos a tener luz regular.

–Por mí está bien. Yo siempre le digo a mi esposo, "Cariño, debes instalar ventanas inteligentes", pero él dice que no le molesta. La intermitencia me parece vulgar.

Silencio.

–Bueno, entonces, han decidido separar a su hijo. Permítanme felicitarlos.

–No hemos decidido nada. Primero quisiera saber más sobre el tema.

–Tú siempre quieres saber más. Tomamos una plataforma de reserva, logré que me autoricen tres de mis jefes y este caballero fue tan amable como para colocarnos primeros en la lista, pero tú necesitas saber más.

–Tal vez quieran hacerle daño al niño.

–¿Qué sabes tú si es un niño?

–Lo sé.

–Pamplinas, eso es lo que tú sabes. Aún no tienes un niño, tienes un nada. A estos señores les interesa separar sus micro… celuloides o lo que sea y hacer dos criaturas. Nos van a pagar una buena cantidad, más de lo que tú puedas ganar en diez años con tus semillas rancias. ¿Qué quieres saber?

–Señora, permítame. Su esposo tiene razón. Antes de tomar una decisión debería saberlo todo sobre el procedimiento. No me gustaría que firmen un acuerdo sin escucharme, no permitiría que lo hagan. Primero vamos a charlar, ni siquiera tengo un contrato redactado.

El contrato, con una suma en blanco, estaba minimizado en su escritorio. Sólo necesitaba un escaneo digital para cerrarlo y apoderarse del embrión.

–Estoy aquí por ella, pero sospecho que se trata de algo que me va a resultar horroroso y diré que no.

–No me avergüences, no lo hagas. No en Polaris, no frente a este caballero.

–Una vez más, señora, déjeme decirle que su marido está en lo correcto. Es natural sentir rechazo por un proceso de separación, nada más natural, déjeme que se lo diga. Pero con su permiso, puedo despejar cualquier duda.

El representante calló, dibujando una sonrisa expectante.

–Por supuesto, lo escucho. Y disculpe si fui grosero.

–No se preocupe –el representante respondió con sinceridad.

Salió inadvertidamente del personaje. Los ojos del hombre habían brillado de un modo especial, invadiéndolo con una sensación inexplicable de vergüenza. Se sobrepuso, aún no llegaba el día en que fuera a perder el control durante una captación.

–Imagino que el nombre Ari Polscher les resulta familiar.

–¡Un héroe!

–Ciertamente, señora. Como sabrán, luego de regalarnos el sistema de plataformas magnéticas y calles móviles, Ari Polscher se dedicó a la industria alimenticia. A él le debemos el acelerador de crías, la bacteria multiplicadora de hortalizas y…

–¡El helado Polaris de chocolate con chocolate!

–Jajá, es verdad, es verdad. Bueno, si han leído algo de historia sabrán que el sol estaba en pleno declive. Ari Polscher recién terminaba de diseñar el cinturón de ajuste temporal y,

–Junto a Lee Freeman y Rico González.

–¡Bien! El señor ha leído, se nota. Ciertamente, los doctores González y Freeman tuvieron su aporte. Pero fue Polscher quien llevó adelante la titánica (y onerosa) tarea de perimetrar la estrella con satélites de ajuste temporal. Gracias a eso tenemos un sol que debería durarnos otros seis mil millones de años.

–Siempre me pregunté, si me permite…

–Adelante.

–¿Qué sucede con el sol moribundo?

–Me temo que no entiendo.

–Se supone que el sol está entrando en nova y por eso lo hemos reemplazado con su versión del pasado, seis mil millones de años más joven, ¿es así?

–Sí.

–Entonces, ¿a dónde va el sol moribundo?

–¡A ningún lado, hombre! Vaya pregunta.

–Discúlpelo, se pasa el día rumiando estas idioteces. No mira ni una teleserie. ¡Ni una!

–Entiendo que esa es la versión oficial, pero la ley de conservación de la materia…

–Usted sabe que no aplica en este caso, nos lo enseñan en el primer grado. ¿Puedo seguir?

El hombre calló. La mujer y el representante lo observaban. El primero sonreía, la segunda lo detestaba.

–Por supuesto, disculpe.

–No hay problema, pero déjeme terminar sin que nos desviemos hacia teorías alucinantes.

Retomó el discurso.

–Bien, entonces Ari Polscher materializó un sol que titilaba, una anomalía visual, pero estable en cualquier otro sentido. Pusimos una base de monitoreo solar, que en un principio estaba operada por robots, cien por ciento automatizada, y pronto notamos que algo freía sus circuitos. El paso siguiente fue probar con científicos. Al igual que con los androides, todo fue bien al comienzo, pero en poco tiempo fue claro que estas mentes brillantes se estaban debilitando. ¡Si vieran los mensajes que enviaban! Habían caído en un sopor de imbecilidad. Por suerte, al alejarse de la estrella los síntomas aminoraban hasta desaparecer por completo.

–En ese momento idearon la separación.

–Nuevamente correcto, señor, aunque no del todo. Antes hubieron días de maniática desesperación en Polaris (que aún no se llamaba así). Las mediciones del perímetro solar, por muy rápido que llegaran a nuestros ordenadores planetarios, eran mediciones viejas, de minutos; sí, pero viejas. Era necesario tener un equipo ubicado cerca de la estrella que pudiera hacer ajustes en segundos y esto, como les he dicho, resultaba imposible.

Nuevamente fue Ari Polscher, quien analizando escaneos cerebrales de los científicos idiotizados, notó que sólo una mitad de sus cerebros fallaba. La mitad izquierda para ser exactos. Y no sólo eso, el análisis arrojó que la otra mitad operaba al tope de sus capacidades.

–Entonces nació el ordenador intuitivo.

–Vaya –dijo con sincera admiración– creo que usted podría contar la historia tan bien como yo. Efectivamente, de esa crisis nació una de nuestras herramientas más valiosas, el ordenador intuitivo. Sólo que una vez ensamblado, nadie sabía operarlo.

Verán, en el día once de gestación un embrión se encuentra dividido en dos. Podríamos identificar a cada parte con una corriente eléctrica, negativa–positiva o más bien activa–pasiva. Para el día doce se encuentran fusionadas y así permanecen por el resto de nuestra existencia biológica.

Ari Polscher, sin mencionarlo, utilizó a su esposa y primogénito para la primera experiencia de separación. Extrajo las partes embrionarias del útero de Moira Polscher y usando un acelerador de crías, las hizo madurar por

separado. El resultado: dos seres totalmente opuestos y puros. Uno de ellos, el celeste, el flotador, se acercó al ordenador intuitivo sin que nadie se lo pidiese y comenzó a manipularlo con éxito.

–Y desde ese día la base de monitoreo solar está llena de ellos.

–También los hay aquí. Son valiosos líderes espirituales y apaciguadores de conflictos.

–¿Qué hay de los rojos? Los vampiros.

–¡Vampiros! Tienen incisivos prominentes, pero es sólo una…

–¿Anomalía visual?

–Veo que tiene sentido del humor, bien. En fin, ya conoce a los rojos. Estrellas del deporte, generales implacables, ingenieros sociales. También valiosos.

–Ha sido una interesantísima explicación, le agradezco la paciencia que me ha tenido.

–Por favor, gracias a usted por escucharme.

–Y mi respuesta es *no*, nadie va a hacerle eso a mi hijo.

–¡Cállate, tú no tienes un hijo, yo lo tengo! Y no es nada, es un… un minúsculo, un menos que nada, un…

–Un niño.

–¡Tú eres un niño!

–Por favor, no discutan. Señor, voy a poner las cartas sobre la mesa. Necesitamos todas las separaciones que podamos tener. Observe.

El representante manipuló una interfaz aérea. La puerta de la oficina se desvaneció. Del otro lado había una sala de espera, empapelada de amarillo pastel y con sillones ergonómicos Polaris. Vacía.

–Ustedes son mis únicos clientes, no sólo de hoy, sino del mes. Nos gusta promover la idea de que una separación es mera cuestión de engendrar y ponerse en contacto con nosotros, pero la realidad es que rechazamos al noventa y seis por ciento de los solicitantes. Se tienen que dar ciertas condiciones para que resulte fructífera y ustedes reúnen dichas condiciones.

–¡Somos especiales!

–Sí, señora, lo son.

–Entonces –agregó enseguida–, también valemos una cantidad especial de dinero.

–Sí –suspiró el representante–, lo valen.

–¿Cien mil adquisiciones?

–¿Es ese el precio que desea?

–Dios mío…

–Estoy autorizado a negociar libremente.

–Cien mil… ¡un millón de adquisiciones!

–¿Es ese el precio que desea?

–Ni cien mil adquisiciones ni cuarenta millones de puntos de amor. Prefiero mantener a mi hijo entero. Disculpe si le hice perder el tiempo.

–Un millón de adquisiciones… eres un…

El hombre ya estaba saliendo hacia el elevador y la zona de plataformas.

–¡Eres un necio!

–Señora…

–¡Un millón! Dios… sí, disculpe –dispuesta a llorar, se puso de pie.

–Su marido parece un hombre muy original.

–¿Original? Estúpido, nada más.

–Tal vez peligrosamente original.

El representante sonreía. La señora volvió a sentarse.

–¿Peligrosamente?

–Sí, quiero decir, si alguien le pusiera una denuncia de exterminio exprés, por digamos… comportamiento anti progreso, usted quedaría viuda y única dueña del embrión.

Silencio. La señora sonrió cruzando las piernas. El representante no pudo evitar mirarlas, calificaban como sanas.

–Sí, he notado una actitud preocupantemente anti progreso de su parte. Me gustaría saber con quién puedo hablar para hacer esta denuncia.

–Da la casualidad que soy captador multipropósito.

El escritorio del representante se llenó con un archivo en grandes letras rojas: DENUNCIA DE EXTERMINIO EXPRÉS. La señora sonrió inclinándose. El representante no pudo evitar mirar su escote. Sano.

–¿Dos millones de adquisiciones?

–¿Ese es el precio que desea?

–Dios mío…

Presionó su pulgar contra el archivo. La pantalla brilló, luego el representante apoyó su pulgar y el documento desapareció con una

simpática animación.

–Un entrevistador irá esta misma tarde a charlar con su marido. Le enviaré una copia de nuestro contrato, cuanto antes lo firme mejor. Gracias por haber venido y lamento que las cosas se hayan dado de este modo.

–Yo no.

Se puso de pie y caminó embriagada hacia el elevador, con una gran sonrisa.

El representante abrió una interfaz aérea. Tenía correo nuevo.

–¿Qué dijo tu marido?

–Se opuso, el muy imbécil.

–Nunca vi las oficinas de Polaris, ¿cómo son?

–Hermosas, todo es nuevo.

–¿Cuánto dinero te ofrecieron?

–No hablaron de dinero.

–Pero debe ser mucho.

–No lo sé.

Estaban acostados. En el techo corría una película sobre políticos siameses que se postulaban a presidentes, el uno contra el otro. Ella se montó sobre sus caderas.

–No puedo ver la película.

–Puse una denuncia de exterminio exprés contra él.

Silencio.

–Qué pasa.

–Maldición, digo… sé que es un tipo raro, pero vaya, eso es pesado.

–No lo soporto más, hace mi vida miserable.

–Ayer dijiste que era un buen sujeto.

–¡Porque tengo un gran corazón! Pero lo siento, he llegado a mi límite. No me dejaré arrastrar por su fiebre anti progreso.

Ella empezó a moverse, apretando los muslos contra las piernas bronceadas de su compañero.

–No creo que acepte la separación. Entonces será adiós dinero.

–¿Mmm?

–Si la denuncia de exterminio exprés no funciona, quiero que lo mates.

–¿¿Mmm??

–Quiero que pongas un generador de vacío contra su asquerosa cabeza, quites el seguro y aprietes el gatillo, ¡swoosh!

–¡Oh!

Las piernas del otro se aflojaron, cesó el movimiento. La mano que apretaba el pecho de la mujer seguía ahí.

–¿Matarlo?

–Pensé que no habías oído.

–Vaya, matarlo…. no sé, eso es muy pesado.

–Podremos cumplir nuestros sueños. Comprar aquella cabaña en Playa Valeria.

–Valkiria.

–Playa Valkiria, por supuesto. Olas como edificios y nada qué hacer. Podrías enseñarme a surfear. Podríamos ver el atardecer en Playa Valkiria, tú, yo y nadie más.

–¿Cuánto dinero te ofrecieron?

–Te he dicho que no hablaron de dinero.

–El sol sale por Playa Valkiria, tendríamos que ver el amanecer.

–¡A quién demonios le importa! ¡¿Vas a matar a ese imbécil o qué?!

–¡Wow, desfibrílate, amorcito!

–Lo siento, cariño. Sólo quiero dejar de esconder nuestro amor.

–Matar… lo tendré que pensar. Nunca he matado a nadie. Pero te advierto una cosa…

–¿Qué?

–Todo esto es muy pesado.

–¿A qué se dedica?

–Soy restaurador florigenético. ¿Quiere sentarse?

–No. Por favor, elabore un poco más acerca de su trabajo.

–Voy a las zonas letales buscando especies petrificadas que no hayan mutado, a veces a pedido, a veces por especulación. Luego intento descifrarlas y en el mejor de los casos replicar una semilla.

–Tiene un permiso para eso, imagino.

–Sí.

–Tiene un… ¿cómo lo llaman? Un rodillo ambi…

–Rodador anfibio.

–Estaba por decirlo.

–En el taller.

–¿Qué sucedió?

–Unos gnomos del brócoli se divirtieron con él.

–¿Gnomos del Bro…? ¿Usted vio un Gnomo del Brócoli?

–Varios.

–Son mi criatura favorita, sépalo. ¿Dan miedo?

–Tienen mala fama. Una vez que les expliqué lo que estaba haciendo me dejaron en paz. Desafortunadamente la antena auxiliar y el tubo de desechos ya estaban destruidos.

–Ah, que suerte. Espere, ¿usted habla sulfúrico?

–Aprendí para entrar en la zona letal. Voy desarmado.

–No conozco a nadie que hable sulfúrico.

–El hombre que me enseñó lo hablaba como nativo, yo me hago entender. De todos modos no es tan difícil.

–¿Es verdad que cambia con el clima? No puede ser cierto.

–Es poco común. Cuando la temperatura desciende a cero grados, un Helecho Tigre sólo entiende sulfúrico invernal, pero como le digo, es poco común.

–Ahora me va a decir que ha visto Helechos Tigre.

–Un cliente me pagó por conseguir té de Lapsang.

–No sé qué es.

–Estoy preparando, le invito una taza.

–No, gracias.

–Como quiera.

–Helechos Tigre, por favor elabore.

–Cierto. Bueno, no existen muestras petrificadas de aquel té. Pasé tanto tiempo buscándolo que anocheció, el rodador estaba demasiado lejos y comenzó a nevar. Según mis cálculos había una aldea de Helechos Tigre cerca. La encontré y pedí asilo por la noche. Eso es todo.

–Ah.

–No, perdón, eso no es todo. Estaban bebiendo té de Lapsang. Es una tradición de los Helechos tigre. Me regalaron semillas.

–Usted tiene suerte.

–A veces, sí.

El entrevistador cavilaba observando al techo, perdido en una fantasía mítica vegetal. Suspiró.

–¿Señor, entiende por qué estoy aquí?

–Supongo que por una denuncia de exterminio exprés.

–Se lo toma demasiado bien, ¿sabe de quién?

–No me interesa.

–No le puedo decir.

–Bien.

–Fue su esposa. Las denuncias entre parejas son comunes, no solemos atenderlas enseguida. Esta vino recomendada. Exceso de evidencia, aparentemente.

–Entiendo.

–¿No va a decir nada?

–¿Qué puedo decir?

–Algo, defenderse.

–¿De qué?

El entrevistador entrecerró los ojos. ¿Era este hombre un imbécil? ¿Entendía que se jugaba el pescuezo?

–Tengo un cuestionario personalizado.

–Bien.

–Comencemos. Dígame sus cinco teleseries favoritas.

–No veo teleseries.

–¿Virtuales?

–De ningún tipo.

–¿Es alérgico?

–No, no me gustan.

–Pero, ¿por qué?

–Son estúpidas.

–Vamos, hombre, usted sabe que no lo dice en serio.

–Lo digo en serio.

–A ver, yo no soy uno de esos telefreaks subvencionados, pero al menos

tres o cuatro teleseries disfruto. Lo hago por mi salud y para no incomodar al prójimo. No me puede decir que le parecen estúpidas, todas.

–Lo son.

–¿*Sexo Judicial*?

–Estúpida.

–¿*Licencia para fumar*?

–Estúpida.

–¿*Virginio Sanders, perseguido por amar?*

–No la vi, pero: estúpida.

–Usted es insalvable.

–Si usted lo dice.

–Su esposa y yo. ¿A dónde va?

–A servir el té.

El entrevistador quitó la mano de su desintegrador. El hombre le entregó una taza donde el humo subía en remolinos. Los ojos del entrevistador se abrieron, también sus fosas nasales.

–Huele muy bien, pero no debo.

–Siéntese y tome una taza de té.

–Está bien, pero no debería.

–Si le gusta voy a regalarle una planta. En otra época era un té muy exclusivo, lo consumían sólo las personas más pudientes. Ahora es lo mismo, sólo que… ¿por qué llora?

–No estoy… llorando.

–Sí que está.

–Es el té… ¡maldición! Lo siento.

–No se preocupe.

–Es la mejor cosa que olí en mi vida y sabe igual de bien, lo siento, de verdad. No debería desperdiciarlo de este modo.

–Vaya, hombre, es sólo un té. Me alegro que le guste.

–Gracias.

El entrevistador dio otro sorbo. Una lágrima rodó por su pómulo, luego un par más.

–Mire, le diré lo que vamos a hacer.

Se sonó la nariz con una servilleta.

–Yo soy un entrevistador terriblemente ocupado. Hay ocasiones en que, por mucho que duela, debo perderme mis teleseries… ¿entiende? Venturosamente hay ciudadanos que tienen la gentileza de publicar, ejem, resúmenes de cada episodio. Por supuesto, dichas publicaciones son ilegales, imagine que si fomentáramos esta costumbre, cualquiera podría… decir que ve una teleserie y estar mintiendo.

–Entiendo.

–Quisiera poner su sentencia en suspenso.

–Bien.

–Y sugerirle alguna de estas publicaciones. Tal vez cuando vuelva en quince días, usted tenga otra respuesta para darme sobre sus teleseries favoritas.

–Lo voy a pensar.

–Señor, no estoy bromeando.

Se acabó el té con dos sonoros tragos, luego entregó la taza vacía al hombre pero cuando este intentó agarrarla, el entrevistador se negó a soltarla.

–Voy a sugerirle alguna de estas publicaciones y cuando regrese en quince días, usted tendrá otra respuesta para darme sobre sus teleseries favoritas. Ahora, las próximas palabras que saldrán de su boca serán: Sí, señor, gracias.

–Ziuuz–lek.

–¿Qué fue eso?

–"Sí, señor, gracias". Sulfúrico invernal.

El entrevistador soltó la taza con una sonrisa. Cuando abandonó la unidad, llevaba una maceta con té de Lapsang.



Ilustración: Pedro Bel

La mujer entró al departamento. Su sector quedaba al final del pasillo. El

silencio era un buen augurio, comenzó a sonreír. Colgaban de las paredes plantas fosilizadas, dibujos de huertas y viejos alfabetos. Todo eso volaría, basura desintegrada. El departamento entero volaría, no pensaba quedarse en esa pocilga una vez que cobrara.

Giró hacia la cocina del hombre. Ahí estaba él. Vivo, libre, tomando esa asquerosidad y leyendo un obsceno libro de papel.

–Sigues aquí.

–Claro.

–Quiero que firmes la separación de mi embrión y luego voy a divorciarme de tu culo apestoso.

–Quisiera cocinarte algo, en tu sector y charlar.

–¿Qué pasa con tu cocina?

–Nada, pero quisiera cocinarte algo en tu sector.

–Me acostumbré a muchas cosas tuyas. Nunca a tu sordera. Repito: vamos a divorciarnos, no a compartir un guiso de repollo nuclear.

–Si quieres divorciarte lo haremos, no puedo oponerme. Pero preferiría que el niño tuviese padre y madre.

–Métete esto en tu cabeza de patata enmohecida: ¡NO TIENES UN NIÑO!

–Lo tendremos, pronto.

–Tú tendrás una sorpresa y yo un depósito bancario, eso es todo.

Con dos campanillas, una interfaz aérea se materializó. Salía del bolso de ella: Nuevo Mensaje de Voz.

El archivo flotó hacia la interfaz de la cocina, seteada en autoplay. La mujer se apuró a desactivar sus preferencias de reproducción automática, pero ya era tarde, el mensaje sonaba por todo el ambiente.

–*Ey, piernas de cangrejo, ¿qué onda? Bien, jejé… vaya, estuve pensando y no voy a matar a tu marido. Quiero decir, no voy a hacer eso que me pediste, piernas de cangrejo. Pero si tú lo matas, digo si haces eso, cuenta conmigo para lo otro. ¡Buenas olas!*

El hombre sorbió su té. La mujer estaba ruborizada, enfurecida.

–Vamos a separar a esta criatura.

–No, mi hijo nacerá entero, luego puedes hacer lo que quieras… piernas de cangrejo.

–No me dejas opción.

Rebuscó en su bolso y extrajo un aparato azul. Parecía un alisador de

cabello. La punta se bifurcaba en dos barras de electrodos. Por debajo del mango sobresalía un gatillo rojo.

Lo encendió, el aparato ronroneó eléctricamente.

–¿Sabes qué es esto?

–Un *Stop* inalámbrico.

–¿Sabes para qué sirve?

–Por supuesto, y no te dejaré usarlo.

La mujer deslizó el aparato hacia su abdomen, apoyando el dedo sobre el gatillo.

El hombre avanzó la mitad del cuarto con un salto.

–No, no. Quieto ahí. Si no tengo mi dinero voy a freír a esta porquería.

El hombre no dijo nada. La miró con intensidad.

–Ahórrame tus truquitos de feria. Lo único que me generan tus ojos son ganas de ponerlos en una brocheta.

En la interfaz principal se desplegó el contrato de separación embrionaria. La suma había sido rellenada: Dos millones de adquisiciones. Tenía el pulgar de ella y el del representante, sólo faltaba el del hombre.

–Firma.

Dio otro paso. Ella no retrocedió y quedaron a un brazo de distancia. La mujer presionó suavemente el gatillo, una nube de estática azul comenzó a formarse entre los electrodos. Delante del hombre flotó una nueva interfaz con el contrato. La mujer presionó el gatillo y los electrodos vibraron.

No estaba jugando.

El hombre entregó el pulgar resignado. Con una alegre melodía de cuatro notas, el archivo simuló volar a través de la ventana del departamento.

–Permiso, tengo que chequear mi estado de cuenta y ponerme una bata.

La mujer salió hacia su sector, caminaba con aplomo. El hombre miró por la ventana. Bajo la luz intermitente se acercaban dos patrullas aéreas Polaris, escoltando a un módulo ambulancia.

Nuevamente el hombre permanecía en silencio mirando por el ventanal, aunque ahora esto no podría importarle menos al representante.

La oficina había escalado cincuenta pisos.

Nada más bello para un representante que observar los brazos mecánicos de su despacho encastrar en las guías de ascensión y moverse hacia la cima. Estaba justo por sobre los cubículos de captadores en pasantía. También le

habían habilitado un suelo transparente.

No se engañaba, su techo seguía siendo invisible para alguien más, pero así era la cosa. Había comenzado archivando adquisiciones en el piso cero, con toda la central Polaris sobre su cabeza. Millones de empleados. Ahora aquellos que podían ver las cuidadas formas de su peinado, no superaban los mil.

Era un representante feliz, y acababa de hacer historia.

–Hubo complicaciones, graves.

–¿Pero mis adquisiciones siguen siendo mías, verdad?

–Sí, señora, no se preocupe.

–¿Está el… los niños bien? No sé como llamarlos.

–Sí, señor, están bien, ya le diré como llamarlos. Aunque por poco mueren. Sucedió algo… extraño. Más bien todo lo que sucedió fue extraño.

Tras retirar el embrión del útero de su señora, notamos que las mitades estaban unidas por un pequeño filamento. Pensamos que el proceso de fusión había comenzado, aunque claro, las fechas lo contradecían. Intentamos separarlos. Cuanto más se tensionaba el tejido, más bajaban los signos vitales de ambos.

Nuestro ordenador intuitivo sugirió esperar. Es la primera vez que dos mitades se cocinan (perdón el término) en un mismo acelerador de crías.

Aquí va un secreto: La separación es, al menos en un sentido estricto, falsa. Las mitades son codependientes por el resto de sus vidas. Una no puede existir si la otra muere, así de simple. Resulta imposible medir o siquiera percibir dicho vínculo, sin embargo es tan innegable como esta mesa.

Bien, para el momento en que sus medio embriones alcanzaron el estado de madurez, sólo el *rojo* mostraba signos vitales. Nuestro pequeño flotador yacía inerte, la lógica indicaba que su compañero debía estar igual. Sin embargo parecía cada vez más despierto.

–¿Qué sucedió con el filamento?

–¡Excelente pregunta! Escuche esto: El rojo lo devoró.

–Que asco. Pensar que esa cosa estaba dentro de mí… ¡yak!

–Temíamos que a continuación intentará comerse al inerte flotador y los íbamos a separar, pero entonces el pequeño celeste cobró vida. Casi nos desmayamos cuando se activaron los monitores. Sus signos vitales saltaron de inexistentes a normales y como si nada, el pequeñuelo comenzó a flotar sobre su hermano.

–¡Que picarón!

–Bien, ¿ya nos podemos ir?

–En un segundo. Hay más. Aún no sabemos la razón, pero estas no son criaturas puras. Es la primera vez que sucede, y no se preocupe, señora, sus adquisiciones está a salvo.

–No he dicho nada.

–Ambos conservan un pequeño porcentaje del otro en su composición orgánica. De hecho este principio es parte de la ecuación que hace funcionar a los ordenadores intuitivos, pero hasta hoy no era más que una abstracción matemática. Se podría decir que estas criaturas son parte de una profecía electrónica, pero bueno, creo que es sólo mi gusto por buscarle títulos pegadizos a las cosas, algo que mi mujer siempre criticó.

–Ella se lo pierde. A mí me parece un rasgo encantador.

–Gracias, señora. De todos modos enviudé ayer.

–¿Y ahora qué sucede con los niños?

–Los primeros seis años son vitales y claro, deben estar acompañados.

–¿Por quiénes?

–Por sus padres, ¿quién más? De ellos se alimentan.

–¡¿Cómo?!

–¿No leyó el contrato, señora? Durante los próximos seis años usted es tutora exclusiva de nuestro pequeño flotador.

–¡Por supuesto que no!

–Me temo que no es negociable.

–Con un… ¿una de esas cosas? ¿dónde?

–Ahí arriba.

–¿Ahí arriba, junto a la estrella? La gente se vuelve idiota ahí arriba.

–Probablemente no lo note.

–No iré.

–Lo hará. Observe sus pechos, están listos para alimentar.

–No se atreva, asquerosa rata burócrata. ¡Le atravesaré los ojos!

La señora se lanzó contra el representante. Sus muñecas se petrificaron, pesaban cien kilos. Cayó sobre su trasero, muda.

Luego de rociarla con esposas de *Steelastic* los silenciosos guardias de *Polaris* la pusieron de pie, visto que no podía moverse, y comenzaron a

arrastrarla con el mayor recato. La etiqueta era una parte muy observada en sus entrenamientos.

Ella echaba espuma por la boca.

–¡Voy a cortar tus bolas y ponerlas a freír! ¡Ahorcaré a esa inmundicia flotadora en la primera oportunidad que tenga!

–No lo hará. Por favor, llévensela. Corran un programa de ajuste, he dejado las especificaciones listas.

"Tal vez luego vaya a visitarla" pensó.

–¿Qué le harán?

–Nada, van a explicarle que ama a su criatura y debe cuidarla. Van a explicárselo químicamente. Podemos hacer lo mismo con usted si gusta.

Dos nuevos guardias habían reemplazado a los anteriores con el mismo recato y sigilo. Estaban a centímetros del hombre.

–Ustedes nunca pierden, ¿verdad?

–Tampoco ganamos, simplemente *Polarisamos.* Hablemos de la otra criatura. Su nombre es *Az*. En seis años vuelve a nosotros, hasta entonces es responsabilidad suya.

–¿Qué debo que hacer?

–Cuidarla, alimentarla, ver que no muera.

–¿Alimentarla con qué?

–Con tu sangre, tipo listo. Tenías razón cuando lo llamaste vampiro. Polaris te desea buena paternidad.

La Zona Letal tiene infinitos puntos de fácil acceso. Todos garantizan una muerte desagradable. Nogales desolladores, pantanos violadores replicantes o uvas mil-dientes son sólo algunos de los ejemplos de bienvenida que ofrece al idiota promedio, quien, armado hasta los dientes, ignora conceptos tan básicos como *"Si tu reflejo te saluda desde el fondo de un estanque, no es mala educación darse vuelta y empezar a correr"* o *"Si esa babosa gigante se vuelve más gigante cada vez que le disparas, deja de dispararle"*.

El hombre conocía las entradas correctas y tenía trabajo que hacer. Sobre el asiento de su rodador anfibio descansaba una cuna. *Az* ya caminaba y no lo hacía nada mal, también se escondía bajo la tierra y cazaba roedores. Era un escurridizo demonio escarlata, con una minúscula decoloración celeste en la nuca.

Dos pequeñas marcas supuraban bajo el pezón izquierdo del hombre. Aún

no se acostumbraba.

Az aulló de hambre. Un par de ardillas–batata huyeron de regreso a la oscuridad de la Zona.

El hombre apretó al niño contra su pecho. Sintió los incisivos penetrando la blanda cicatriz. Succionaba con fiereza. Por el mentón sonriente de *Az* bajaban gotas de sangre.

"Nuestra sangre" pensó el hombre, y puso el rodador en marcha.

Mariano Rodríguez vive en Haedo. Condujo programas para Radio Palermo, fue guionista en Préstico, escribió un par de obras de teatro y nació en 1983. La ciencia ficción bulle en su cabeza. Pretende, al escribir, abrir múltiples interrogantes que pinten mundos magníficos mientras que la historia principal se desliza mínima. Según dice, "si pudiéramos capturar la narrativa caleidoscópica costumbrista de Raymond Carver y encuadrarla dentro de un mundo asimoviano, tendríamos algo interesante."

Los ingenieros del sueño (poema)

Daniel González

ARGENTINA

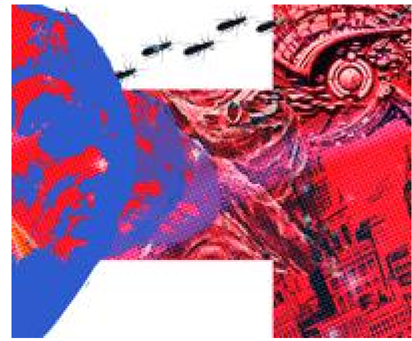


Ilustración: Pedro Bel

Esa ciudad fue creada por los ingenieros del sueño,
y cuando esas voces les hablaban
y los mecía una quimera lenta de clorpromazina bajo el sol de las ventanas,
rezaban a las enfermeras las extrañas medidas del catastro,
las formas estalladas de edificios,
palacios que nunca ha visto el ojo humano,
callejones que ocultaban las fachadas florecidas de su inconsciente.

Esa ciudad fue soñada por esos ingenieros
que hablaban una jerga desconocida que luego
expertos encajados en delantales interpretaban por la noche.
Bajo ese sol que se arrastraba por las ventanas algo les dictaba
la traza futura de una ciudad demasiado al este de los mapas conocidos.

Cuadro clínico extraño el de estos ingenieros de la ciudad de los sueños
(no se llamaban así, pero navegaban soñantes, casi dormidos)
que hablaban el lenguaje arcano que no es ni de los astros ni los

hombres,
proporciones nacidas junto a un Hipnos impostor, drogados de pesadillas,
una narcolepsia de pastillas bajo el lerdo sol de invierno.

Quienes intentaron traducir en utopía su ilusión o pesadilla
se mezclaron en largas discusiones sepultadas en ficheros,
alacenas antiguas, entre lámparas opacas,
vitrinas con muestras de insectos con alfileres
y altos tragaluces para ese sol durmiente.

Aunque también en un letargo la noche abrazo el secreto,
alguien cada tanto jurará la providencia,
una visión de las calles resplandecientes
brillando demasiado al este de los mapas conocidos.

Daniel Diego González nació en 1981, en Buenos Aires. Apasionado de la literatura fantástica, los sintetizadores y el cine de terror. Actualmente se encuentra ultimando lo que será su primer poemario, escribiendo en su blog "Un sol de neón", y a la espera de informes climáticos favorables para fijar los controles de su nave hacia el centro del sol.

Sachayoj

Rogelio Retuerto

ARGENTINA

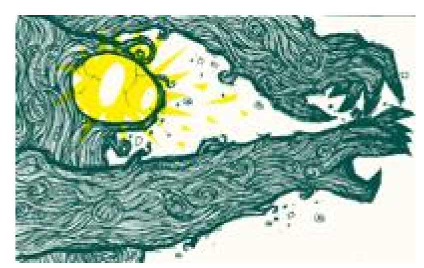


Ilustración: Ferrán Clavero Estrada

No recuerdo con precisión cuando terminé aquí. No lo recuerdo en términos cronológicos, pero sí recuerdo las circunstancias. Es que este estadio nuevo de mi vida me fue borrando de a poco todo vestigio de memoria y en él ya no existe el tiempo, no hay días, no hay horas, no hay ayer ni mañana. Por eso digo que no lo recuerdo con precisión. Pero jamás voy a olvidar el día en que me topé con él por primera, última y única vez.

Con Arnaldo Juárez nos habíamos alejado bastante del campamento. El gringo nos había encomendado hacer un mapeo, antes de que llegase el ingeniero forestal, indicando las zonas con mayor abundancia de quebrachos colorados. Nos encomendó la misión a nosotros, lugareños de la zona que conocíamos el bosque desde que éramos changos. Antes de partir, yo le había indicado a Juárez el quebrachal que quedaba cruzando la hondonada del viejo rio. Juárez asintió con un movimiento parco de cabeza y emprendimos la marcha. Salimos temprano, a poco de amanecer.

Hacía tres largos meses que no llovía en esta zona de Santiago, y el sol del mediodía iba a poner ascuas sobre nuestras cabezas. Yo llevaba mi cantimplora colmada de agua, pero Juárez llevaba una "bota cuero" con una importante provisión de vino tinto. De todas maneras, había recorrido esa distancia un centenar de veces, siendo niño, para acompañar a mi tío hasta el quebrachal; otras tanta yendo a buscar las cabritas que se perdían cuando soplaba el viento sur.

En épocas de sequía y de grandes calores, cuando comenzaba a soplar el

viento sur, las cabritas solían extraviarse. Arremetía contra la frescura del viento, embelesadas. Levantaban las trompas y avanzaban, como hipnotizadas por el viento, como si el viento trasportase extrañas partículas suspendidas en el aire que las sumergían en un estado narcótico. Pero esta vez no soplaba el viento sur y el calor de diciembre era abrasador. El gringo nos había encomendado identificar tres ejemplares de quebracho colorado distantes entre sí y "marcarlos" abriendo una cuña de un palmo de profundidad. Dicen que era por un hongo que estaba atacando a los bosques vecinos. El corte no debería ser menor a quince centímetros de profundidad en la madera

–¿Pa' que quiere una tajadita? –me preguntó Juárez.

–Pa' que lo analice el ingeniero –le dije–. Se ve que el que estudia, sabe si el árbol está enfermo o si sirve la madera –agregué, mientras caminábamos por el monte.

–Igual, esto no me gusta –se quejó Juárez–. Es como matar bichos por deporte –agregó–. Cuando era chico, escuché sobre un porteño que vino a visitar a la familia de su mujer. A la siesta, de tan aburrido que estaba el hombre, salió a cazar pájaros al monte. Salió con una carabina 22. Nuca más regresó. Los familiares de la mujer los buscaron durante tres días y nada

–¿Y qué le pasó? –le pregunté.

–No sé. Ha de ser el Sachayoj que se lo llevó.

–¡Pero no chango! –le dije indignado– ¡El único que castiga es diosito! ¿O me vas a decir ahora que crees en esas supercherías? ¿Vos nos has ido nunca al culto? Nadie tiene poder sobre las cosas, excepto el señor.

–Si fui a la iglesia. Pero el Sachayoj y los diablos son como las brujas, uno no cree, pero que las hay, las hay.

–¿Brujas? –Intervine– ¡Pero por favor! Vos has de irte al infierno mismo si sigues en esa iglesia. Yo soy cristiano, chango. También he ido a la iglesia del pueblo, pero ¿quieres que te diga una gran verdad?: no conocía al señor. Al señor lo conocí hace dos años y lo acepté en mi vida como mi único salvador.

–No sé. Yo no haría enojar al Sachayoj como vos andás haciendo.

–Además ¿Dónde has escuchado vos esa historia? Si nos criamos juntos y yo nunca escuché nada. Vos me andás mintiendo.

–En la casa de los tíos, en Forres. Ahí la escuché –caminamos un trecho sin hablar. Ya habíamos cruzado la hondonada y faltaba poco para el lugar que quería enseñarle a Juárez.

–Mirá, Juárez –le dije, señalando un grupo de árboles–. Estos son los quebrachos que ha de andar buscando el gringo.

–Meta, compadre –me dijo Juárez–, andá vos por allá y marcate un árbol. Yo busco otro más lejos.

Me interné en el bosque. Habré hecho unos cien pasos hasta dar con un quebracho colorado de gran porte.

–bueno. Tengo que sacarte un pedacito, amigo –le dije.

Tomé mi hacha con ambas manos, tomé distancia alejando el filo y le asesté un hachazo al tronco. No podría explicar la procedencia, pero juro que escuché un grito en medio del monte.

Me di vuelta para ver si no era Juárez el que había gritado.

–¡Juárez! ¿Estás bien? –le pregunté, pero nadie respondió.

Juárez ya debía estar bastante lejos, pero no tan lejos como para no escucharme. Tomé impulso con mis brazos y asesté otro hachazo al tronco. Nuevamente ese grito desgarrador. Definitivamente, ese no era Juárez; porque puedo jurar que ese grito no era de cristiano.

Bajé el hacha y voltee sobre mi posición para ver si lograba divisar algo. No logré ver nada, pero otro grito cortó mi exploración. Un grito desgarrador me indicó que la criatura que los expelía estaba más cerca que antes. De pronto, pude escuchar el crujir de los árboles secos. A unos cincuenta metros, divisé la conmoción en las copas de los arboles, como si una entidad demoníaca los estuviera perturbando. Una ola de movimientos siniestros se acercaba por las copas de los arboles a gran velocidad. Yo no creía en el Sachayoj ni en supersticiones, pero conocía la palabra del señor, yo era un siervo suyo y sabía quién perturbaba y tentaba a los siervos del señor: el diablo.

Me sentí invadido por un profundo temor. Quise no temer, quise invocar la mano poderosa del señor, pero tuve miedo. Mi temor había mutado a un profundo terror. Eché a correr por el monte sin dirección alguna. Aquella entidad seguía gritando y confundiéndome. En un momento, sentí que los gritos provenían de delante de mí y eché a correr hacia otra dirección. Poco después los gritos cesaron. Me quedé inmóvil como devorado en las entrañas del monte mismo.

El monte se cerraba sobre mí, tupido, espeso, impenetrable. Me había devorado, pero quizás en sus entrañas estaba a resguardo. En un momento sentí pisadas detrás de mí. Pisadas descomunales, bestiales. Aquella entidad que se acercaba a mis espaldas, no era un hombre, pero tampoco un animal.

Tuve que tomar muchísimo coraje para voltear. Comencé a orar:

–No temeré al terror nocturno ni saeta que vuele de día, el señor es mi pastor. Aquella criatura se había detenido, pero estaba muy cerca, demasiado cerca. Sentía su aliento intensó a través de bocanadas expelidas a mis espaldas. El aliento no era pestilente. El aroma era una mezcla de fragancias de hierbas, aroma de tierra mojada por la lluvia y de pieles de animales. En verdad, era un aroma hipnótico, embelesaba los sentidos, y eso mismo lo convertía en macabro.

Hubiese preferido oler algún animal muerto o aromas que uno espera encontrarse en el bosque. Pero la frescura natural de aquel aroma no era propia del aliento de ninguna criatura viviente. *"Es el diablo que intenta tentarme"* me dije. *"El diablo tienta con cosas hermosas"*, pensé. Tomé coraje y comencé a voltear muy despacio.

–Nuestro señor Jesucristo te venció en el desierto. Nuestro señor venció a la muerte en la resurrección. No hay nada que pueda vencer al poder de Cristo.



Ilustración: Ferrán Clavero Estrada

Mis oraciones me dieron el coraje necesario para completar mi vuelta. Y fue ahí cuando lo vi. Ahí parado, delante mío. Aquella entidad no era el diablo. Era como si el bosque mismo se hubiese personificado en ese ser. Esa criatura debía tener cuatro metros de altura. Su cuerpo no parecía de carne, parecía de tallos reverdecidos cubierto de musgo. Sus largos cabellos estaban formados por "sajastas", las barbas del monte. Todo su cuerpo estaba cubierto con esa vellosidad vegetal. En sus brazos sostenía un

pedazo de tronco en donde rebalsaba miel y lechiguanas. Unas enredaderas trenzadas atravesaban su pecho y pendían de ellas varias mulitas. Era la viva personificación del Sachayoj. *"el inicuo puede tomar la forma de mis temores para tentarme"* me dije. La entidad gruño y ese aliento fresco, montaraz, pero tenebroso, me envolvió por completo.

Aquella entidad permaneció una eternidad contemplándome. Yo permanecí inmóvil. Puedo jurar que aquella entidad, al verme, rió en un espectral susurro. No podía ver su rostro ni sus facciones. No escuché risa alguna, pero puedo asegurar que una sonrisa aviesa se ocultó en su rostro. Dio media vuelta y se perdió entre los árboles. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, quise voltear para escapar, pero no pude moverme. Mis piernas estaban enterradas hasta la altura de las rodillas en un lodazal. Quise liberarme, pero resultó una tarea imposible. Aquel lodazal era una ciénaga. Quise llamar a Juárez pero temí que mis gritos atrajeran nuevamente a la criatura. Así que decidí permanecer quieto y en calma.

Desperté cuando el bosque se sumía en la oscuridad de la noche. Debí quedarme dormido a casusa de la tensión nerviosa y el cansancio. Note que mi cuerpo estaba enterrado casi hasta la cintura. Traté de permanecer inmóvil. Comencé a orar. A esa altura era la mejor opción.

El brillo destellante del sol entre las ramas de los arboles me despertó de mi narcótica somnolencia. Miré hacia abajo y sentí un doloroso tirón en el cuello. Mis músculos y tendones estaban como petrificados. Mire de reojo y pude notar que mi cuerpo no se había hundido durante el letargo. Solo estaba enterrado hasta la cintura. Eso debería ser bueno si no fuese porque el calor abrazador había secado la ciénaga, convirtiéndola en una prolongación de la tierra seca y resquebrajada del monte.

Todo el cuerpo me dolía, como si cada musculo de mi cuerpo, cada tendón, cada articulación se estuviesen entumeciendo.

Abro mis ojos sumergido en la lúgubre oscuridad de la noche. Es de noche otra vez. La segunda noche, creo, o la tercera. Siento que algo se desliza sobre mi cabeza. Quiero darle un manotazo pero mi cuerpo no responde, como si cada musculo de mi cuerpo, cada tendón, cada articulación se hubiesen desprendido de mi voluntad y respondiesen al monte. Un pajarillo

sale volando de mi cabeza *"era eso. Al menos no era una serpiente"* me dije, buscando consuelo.

Amanece.

El periplo que el sol recorre, jugando a las escondidas tras el follaje de los arboles del monte, transcurre delante de mí como una secuencia de destellos que acribillan mi inconsciencia. Cada vez que cierro los ojos y los vuelvo a abrir no sé si pasaron minutos, horas o días. Nuevamente la oscuridad se cierne sobre mí. Estoy muy cansado. No sé cómo explicarlo, pero la quietud de mi cuerpo me resulta extenuante. Necesito moverme. Presiento que si no logro moverme estaré condenado a pasar así mis últimos días en esta tierra.

La luz fulminante de la mañana vuelve a despertarme. Ahora no solo estoy entumecido, estoy petrificado. Puedo observa que a mis pies (o mejor dicho a mi cintura) comenzó a crecer la hierba, una especie de gramilla. No deja de resultarme un fenómeno por demás extraño que la gramilla crezca con esa velocidad en una tierra azotada por la sequía. Ayer no había ni rastros de ella. Siento sed, como si la sequedad de la tierra comenzara a secarme por dentro. Intento moverme pero mi esfuerzo me deja exhausto. Caigo dormido.

Les contaba que no recuerdo con precisión cuando terminé aquí. No lo recuerdo en términos cronológicos, pero sí recuerdo las circunstancias y se las he contado. Aunque no se cuanto tiempo pasé en este lugar. Empiezo a considerar la posibilidad de que quedarme aquí para siempre.

Deseo que llueva. Es en lo único que pienso últimamente. Siento que mi carne comienza a agrietarse. La sed duele. Ahí viene otra vez la noche. Otra vez el cansancio…

Un ruido familiar me despierta bruscamente. La secuencia es regular y gana intensidad a medida que avanza. *"¿Qué me está pasando? ¡Esas son pisadas!"*. Intento gritar, pero nada se articula en mi garganta. Intento hablar, pero nada sucede. De pronto, lo que antes hubiese sido un escalofrió es ahora un golpe eléctrico que recorre mi cuerpo. *"¡El Sachayoj! ¿Y si es el*

Sachayoj?". Creí que era mejor no poder hablar. Me propuse permanecer inmóvil y en silencio. De repente, me doy cuenta que ese pensamiento me hubiese provocado risa "quedarme inmóvil y en silencio", sí señor, en esa situación.

Me doy cuenta que me estoy quedando sin sentimientos, sin emociones, sin sensaciones. Siento las pisadas cada vez más cerca. El solo hecho de pensar que en cualquier momento "aquello" podía irrumpir delante mío me hubiese hecho temblar. Pero mi cuerpo no tenía ya esa facultad.

De pronto aparecen. En el sendero que pasa frente a mí aparecen Juárez y dos hombres. Uno de ellos lleva ropa marrón y un sombrero claro. Me hizo recordar a un explorador que ilustraba la tapa de un libro amarillo que había visto cuando niño en el almacén del pueblo. *"Ese debe ser el ingeniero"* me dije. *"¡Volviste Juárez!"* intenté pensar. *"Estoy salvado"* fue lo que sentí en mi interior.

Por primera vez desde que caí en aquella trampa del monte, una brizna de recuerdos llegó hasta mí: mis hijos, mi mujer, mis padres. Sin embargo algo andaba mal.

Juárez y el ingeniero pasan frente a mí. No se percatan de mi presencia. ¡Como deseo que volteen y me miren! De pronto, el ingeniero voltea, lo llama a Juárez, quien comienza a perderse en la senda, y señala hacia mí. *"Por fin mi Dios. ¡Gracias mi señor!"* Les juro que hubiese sonreído, pero ya les dije que no quedaban en mí emociones manifiestas. El ingeniero se acerca hacia mí junto a Juárez. Me señala una vez más. Hablan entre ellos pero no puedo entender lo que dicen. Me doy cuenta que perdí la capacidad de entender la lengua de los hombres. Como una tragicómica paradoja de mi destino, escuchó claramente el murmullo de los animales del monte, el cuchicheo de las aves, el pensamiento de los arboles que me rodean. El ingeniero sonríe *"Se dio cuenta"*. Juárez camina hasta quedar en frente mío. *"Volviste amigo. Aquí estoy"*. Si hubiese podido sonreír, lo que vi en ese momento me hubiese borrado toda sonrisa de mi rostro. En los cristales de los grandes anteojos de Juárez, pude verme. Pero no entiendo lo que veo. Juárez me mira, pero en sus anteojos solo veo un quebracho colorado de gran porte erguido frente a él. Juárez se frota las manos y toma su hacha. Lleva sus brazos hacia atrás para tomar impulso. Los pajarillos que viven en mi cabello salen revoloteando horrorizados. Ya viene el hacha. Cierro los ojos e intento gritar.

Rogelio Oscar Retuerto, argentino, nació el 18 de febrero de 1972 en Hurlingham, Buenos Aires. Alternó su infancia entre el conurbano bonaerense y el paraje montaraz de Mailín en Santiago del Estero. La mitología americana y las creencias populares adquirieron un papel de relevancia en su formación literaria, así como la narrativa oral. Ha brindado charlas y talleres sobre mitología americana en el ciclo denominado "Fauna de las tinieblas". Su obra la componen cuentos y novelas cortas de terror y ciencia ficción. Entre ellas se destaca "Sinfonía gris para una ciudad de tinieblas".

La llamada de una promesa

Carlos Pérez Jara

 **ESPAÑA**

Cierro los ojos y respiro hondo.

Siento el aire con yodo en los pulmones, un calor templado en el centro del estómago que se expande en ondas por el resto de mi cuerpo. Medio recostada en una plataforma de descanso, me descubro casi dormida, como si soñara hasta hace un segundo con Cengo y sus países, las montañas húmedas y el sol cambiante, entre nubes pasajeras. Parpadeo: observo a los otros residentes, la mayoría desconocidos que vagan por las instalaciones envueltos en batas azules o en los uniformes que nos dieron en la recepción. Y una vez más me doy cuenta de que no estoy en casa, o de que esa palabra, casa, ha dejado de tener sentido alguno. No volveré hasta que esté sana, me he dicho, y percibo las diferencias que me ofrece esta nueva tierra.

En Muu la temperatura se mantiene estable en el Ecuador central. No hay grandes cambios ni alteraciones significativas en la presión atmosférica, y la duración del día es casi la misma durante toda una órbita celeste. Hace miles de años, los animales que habitaban por estos parajes vivían ajenos a las desgracias y absurdos del hombre, el primer colono externo y el último invasor de este planeta; se comían unos a otros, o iban sobreviviendo gracias a las vegetaciones del entorno, ya fueran terrestres o acuáticas. Hoy, muchos de aquellos seres ya no existen, o adornan con sus cabezas disecadas los grandes salones de cualquier Garónatro, los Santuarios de Salud adonde acuden tantos peregrinos en las naves redentoras.

Sin duda, Icrotej es uno de esos sitios de culto. El pabellón principal, rodeado por unas inmensas murallas de ónice, posee la curiosa forma de una pirámide achatada en lo alto de una isla rocosa y sin apenas vegetación silvestre. A lo largo de las galerías interiores, o en algunas de sus amplias terrazas solares, se desplazan muchos de sus actuales ocupantes, una población de residentes y de nuevos peregrinos que no se agota nunca. Desde el Océano es posible vernos como una muchedumbre dispersa de hombres y mujeres que caminan despacio por su propia residencia, a menudo envueltos en trajes azules y desechables, monos de gasa en cuyas

bolsas no faltan ciertos cables y sensores contra los aneurismas o el colapso del mal que nos une a todos: la *kalemia*.

De pronto suena la alarma, un murmullo hueco como el de un cuerno de Calcú. Muchos comienzan entonces a retirarse al interior de sus cubículos, o a los pozos coralinos donde seguir inhalando las brumas de sulfuro de Muu para los bronquios. Me pongo en pie y me acerco a una baranda, a observar el mar y sus reflejos. Alguien me habla enseguida:

—¿Qué haces?

—¿Cómo? —digo, y observo al anciano. Apenas lo habré visto unas pocas veces en el salón de nutrientes, o en alguna terraza superior, pero nunca he hablado con él hasta ahora. Lleva puesto ese traje de tela fina de los moradores más antiguos, con un cuello alto como el de un sacerdote.

—¿Quieres recibir una descarga?

—¿Ves algo a lo lejos? —le digo, y me coloco una mano a modo de visera. No veo nada.

—No seas loca —me advierte, y me coge del brazo. La *kalemia* ha avanzado hasta la fase 3 en su rostro y en la base del cuello. Es un hombre prematuramente envejecido, con el pelo cano y escaso agolpado detrás de sus orejas, y algunos pliegues de arrugas bajo la barbilla abultada; sus ojos son como dos piedras de colores caprichosos que oscilan entre el verde oscuro y el castaño, según el ángulo o la luz que los refleje.

—Ven —me dice.

Pronto me lleva a una de las salas acorazadas de la fortaleza, donde se ofician los ritos de purificación y de génesis. Allí nos reunimos con otros residentes, agrupados entorno a las vidrieras para seguir lo que sucede sin demasiados riesgos. Sin embargo, la mayoría lo hace sin mucho interés, como si fueran testigos de una simple rutina dentro de su plan de recuperación absoluta. Por eso, junto a la inhalación de los gases acres del Océano en plena noche o a los cultos oficiales, en Icrotej también parece existir la costumbre esporádica de las sirenas y el refugio, de una amenaza nebulosa que nos rodea como una bruma.

—Eres residente, ¿me equivoco? —me dice con una media sonrisa, como si eso le gustase. Como si le agradara encontrar a alguien a quien la *kalemia* aún no ha invadido con profundidad—. Y de Fase primaria.

—¿Eso importa algo?

—¡Sois la sangre nueva de nuestra Nación! Así que supongo que sí que importa, y mucho.

No me gusta que me juzgue tan deprisa. Ni siquiera me conoce y ya me ha clasificado. Tal vez sea una manía de la comuna, una obsesión propia de quienes vivimos en esta isla.

—¿Vienes de Cengo? —le digo algo molesta, caminando junto a las vidrieras donde los otros residentes se agolpan en silencio, como monjes que anhelan la llegada de un milagro.

—No, de Cráthes, donde nací. ¿Lo conoces?

—No —miento—. No sé por qué dices eso de "nuestra Nación". No tiene sentido. Tú ni siquiera eres de mi mundo.

—Me llamo Nadian —se presenta, y vuelve a tomarme del brazo—. Ven, un momento, te lo ruego.

—¿Qué haces? No te conozco. A los Redentores no les va a gustar mucho que…

—Calla —me ordena, pero su voz es suave, no ofensiva, y por alguna razón misteriosa me dejo conducir por otro corredor, sin apenas resistencia.

—No me aprietes —es lo único que murmuro.

Caminamos sin decir una sola palabra, cruzándonos con ciertos peregrinos de diversas fases y grados en el desarrollo de la enfermedad; algunos ya casi terminales, se arrastran como pueden con sus prótesis y sus bastones, estudiando el espacio que atraviesan como viejas criaturas desvalidas. Al fin llegamos a una puerta de bronce con una placa de metal *muu* de forma esférica.

—Pasa —me invita. Es un salón cubierto por una alfombra suave de color verde esmeralda, un espacio íntimo con lámparas de bronce y libros desparramados por los anaqueles de una enorme biblioteca medio abandonada.

—Nadie suele venir por aquí —me cuenta bajando la voz, y me suelta de la mano con suavidad—, como no sea para esconderse de otros. Hace siglos, a alguien le debió parecer importante traerse todo el material que pudiera sobre la *kalemia.* Libros de medicina, revistas, tomos de otros mundos. Pero nada de este material es decisivo, porque la esencia está en el flujo que brota de Muu, como tú sabes de sobra.

—No lo conocía —digo asombrada, y me acerco a la ventana, que presenta la forma de un rombo: ya se distinguen varias sombras que se acercan con lentitud por las aguas.

—¿Cuándo llegaste? Te he visto en el salón con las otras mujeres.

—Hace veinte órbitas —revelo, y contemplo los barcos. Pero sobre todo

recuerdo el momento en que alcancé Muu junto a muchos afectados por la bacteria. Al principio nos agolparon en el Puerto Defensivo de Kalemia 0, en unas largas hileras donde algunos moribundos se desparramaban para morir casi sin haber visto nada de su nuevo planeta ni de las promesas sanadoras. Después de los controles de acceso, desnudos y sin equipajes ni apenas objetos propios, nos suministraron uniformes de distintas tallas, y nos fueron llevando en pequeñas naves de carga como a rebaños obedientes. La nave donde yo iba nos condujo a Icrotej casi a ras del agua, sorteando con astucia ciertas islas del archipiélago.

—Eso es muy poco para conocerlo todo, supongo —reflexiona Nadian—. ¿Tu primer ataque?

—No del todo —respondo, y un hormigueo me alcanza en el pecho al ver la flota de visita. En mi tercera órbita ya había oído el timbre monocorde de la alarma, pero esta vez no fueron barcos sino naves ligeras que desprendieron proyectiles sobre las rocas y que astillaron algunas partes de cierta torre sur de la muralla de ónice. Duró poco, porque enseguida se marcharon. Puede que Nadian ya no lo recordase, pero no hacía tanto de eso, y enseguida me doy cuenta de que en las siguientes Fases la *kalemia* provoca lagunas de amnesia.

—¿Y viniste sola?

—No —y me lleva un momento responder. Gaul iba conmigo. En realidad, fue idea suya, no mía. Pero cuando la gran nave llegó a Muu ya estaba muerto.

—Entiendo. No sé si aún no lo intuyes, pero la Nación de Kalemia debe defenderse de quienes tratan de humillarla o destruirla.

—Pensé que esto era un sanatorio.

—Aún no me has dicho tu nombre.

—No, no lo he dicho —y me siento de espaldas a las celosías—. Dime, ¿qué va a pasar ahora? Tú, que supongo has vivido muchos otros ataques.

—Es probable que nada, o todo, depende. Los Redentores trabajan día y noche para mantener la fortaleza en pie. Propagan sus espías por otros sitios, improvisan según la crisis. Pero lo normal es que se vuelvan pronto, en cuanto saquemos los cañones y lancemos descargas.

—No entiendo… ¿Pero por qué lo hacen? ¿Quiénes son?

Nadian recoge un volumen de medicina *kalemia* escrito en una lengua de otro mundo. Su cubierta está impregnada de polvo que ahora se desprende como una suave aureola luminosa ante la claridad de la vidriera.

—Los Garónatros surgieron después de los sanatorios —cuenta despacio, y enseguida, mientras merodea por la sala ojeando los volúmenes, ajeno a ese inminente ataque marítimo, comienza a describir los hilos de una historia que no conocía, o que había asimilado llena de mitos y mentiras.

Al principio, hace mucho tiempo, Muu era un planeta de tercera categoría, casi un mundo huérfano de ningún padre cósmico que quisiera hacerse cargo de su tutela. Sin embargo, el diminuto Muu acogió enseguida a sus primeros colonos con la indiferencia propia de un lugar tranquilo, estable, plagado de animales medianos y pequeños que observaron al invasor desde sus propios escondrijos. Como no se daban las circunstancias oportunas, no se desarrollaron sociedades políticas complejas salvo algunas ciudades de paso, centros comerciales de otros sitios comunicados con sus lejanas metrópolis.

A partir de ahí, según parece, la historia se funde con las leyendas, y podrías encontrar sin problemas dos, tres o cinco versiones del mismo cuento, según la raza o la nación que se apropie de los sucesos para cada caso: era un habitante de Oneris, de Lenopis, del terrible Ocamuro… era un hombre, una mujer, un niño. Pero era alguien enfermo, un moribundo a quien dejaron en una de las muchas cuevas interiores de roca dolmita, en medio del vapor sulfuroso que brota del fondo del Océano.

—La palabra milagro no tiene sentido en algunas connotaciones culturales —me explica como si yo fuese una niña que escucha su relato, y en se instante puedo distinguir desde las vidrieras los cañones emergiendo de las murallas—. Fue en ese sitio, que nosotros consideramos que es esta cueva y otros la suya, donde se levantó el primer santuario.

Imagino que debió ser un proceso tan largo como inevitable. Atraídos por la *resurrección* del moribundo, poco a poco empezaron a acudir los primeros peregrinos; sin duda se trataba de la misma clase de gente que hoy sigue cayendo desde el cielo de Muu en sus naves, enfermos de algún mal propio de sus planetas, viajeros con una esperanza febril que los alumbra como una linterna mágica. El germen *idris,* propio de estas regiones, el fondo sulfuroso del agua, el metal indómito que recubre algunas cuevas profundas: las razones sanadoras podrían ser muchas o ninguna, pero permitieron la construcción de otros nuevos santuarios, ubicados en otras islas del infinito archipiélago del Ecuador.

De pronto suena un trueno bajo la luz radiante del día. Las paredes tiemblan un segundo, e incluso algún libro parece sobresalir tímido de alguno de sus anaqueles. Nadian deja el tomo sobre una repisa de madera antigua, y se asoma con cautela a la ventana.

—¿Quiénes son? —le digo.

—*Angrones.* Seguro.

Me gustaría ahora contarle que nunca había llegado a saber nada de lo que pasa en Muu hasta que fui una de las moradoras de Icrotej, sola y sin apenas un sueño vivo al que seguir aferrada. Gaul se había llevado todo ese sueño de la sanación con su muerte.

—*Angrona* —murmuro, y ya no puedo pensar en una enfermedad de los fluidos orgánicos que convierte a sus víctimas en seres deformes y purulentos, sino en un grupo, una comuna, una ciudad encerrada dentro del antiguo santuario que luego fue un sanatorio y que hoy es un Garónatro acorazado. Pienso en la *angrona,* que apenas pasó desapercibida en Cengo pero que fue el azote de otros mundos de mayor radiación solar, y tal vez entonces sospecho lo que quiere decir Nadian al hablar de nación. Los enfermos peregrinos llegan a sus refugios como extraños o desconocidos y acaban por formar parte de alguna especie de familia insólita. Si alguna vez hubo naciones étnicas, ahora las hay de otro tipo gracias a Muu y sus influjos. Hoy prolifera la nación bacteriana o vírica.

—¿Pero qué es lo que quieren? —digo algo asustada.

Un nuevo temblor, una sacudida inmediata, y a lo lejos gritos de algunos residentes.

—No mucho en particular —dice al fin, tras un instante de silencio—. En nuestro caso, destruirnos, izar la bandera de Angrona en nuestro Garónatro. Reafirmarse. Es muy sencillo: para ellos, como para nosotros, es una cuestión de principios. Ahora ven, es demasiado peligroso que estemos aquí también, no te asomes más. Se han puesto demasiado cerca. Deben ser terminales, suicidas como los nuestros.

Nadian cierra la sala hermética y me lleva por otro corredor, bajando unas escaleras muy empinadas y angostas, como las de una mazmorra. Sin duda debe conocer bien los meandros de este refugio.

—El santuario de la *kalemia* recibió dinero —me sigue contando, mientras camina por delante—, fondos de grandes magnates afectados por ella, los primeros monarcas sin corona de esta fortaleza. Eso sin contar con las *raucas,* que todos ponemos para vivir aquí un tiempo, o de forma indefinida. Gracias a esa fuerza se destruyeron las ciudades antiguas, las independientes, las que no profesaban credo a ningún culto.

Cuando dice "culto" algo me sacude por dentro. Recuerdo el rostro amoratado de Gaul antes de morir, ya en su fase 5, y no puedo creer que se refiera a la *kalemia.* ¿Pero, en el fondo, no somos todos hermanos de un

mismo mal que nos une, y que así también nos aisla de quienes pretenden erigir a Muu como el único centro de una sola enfermedad, no de varias? Otro temblor, y una nube de polvo cae del techo.

—No te pares —me advierte—. Nunca se sabe.

El corredor se dobla en una esquina abrupta, iluminada por una linterna con la silueta de un animal marino, una obra artesanal admirable.

—¿Dónde me llevas? —protesto—. ¿Nos conocemos?

Salimos a una terraza al aire libre, la que da a la cara oeste, justo detrás de donde nos atacan. La bandera negra y azul de Kalemia ondea en lo alto de su mástil, con un dibujo esférico de la bacteria que la produce. Unos hombres vestidos con uniformes negros se adelantan enseguida: la fase 2 ha hecho mella en sus bocas de labios tumefactos y en sus ojos hundidos, pero enseguida se detienen al ver a Nadian.

—Preparadme una *anfibia* —ordena, y los soldados de *kalemia* hacen un extraño gesto de asentimiento que no han aprendido en sus respectivos mundos sino aquí, en Muu, que es donde han acabado por transformar sus rutinas y tradiciones.

—Señor.

—¿La situación controlada? —dice como un general que pasa revista.

—Son seis naves marítimas de poco armamento —revela uno cuya mancha tumoral en el rostro se asemeja a un mapa de una región remota—. Podremos destruir al menos a la mitad. Es un ataque desesperado, señor.

—Por supuesto que lo es. Pretenden minar la moral de nuestros hermanos, pero no saben nada de nosotros.



Ilustración: Ferrán Clavero Estrada

Una joven morena nos vigila desde lo alto de una terraza, en la parte inferior de la pirámide. Envuelta en una bata gris, parece una doncella triste que no atiende a los temblores de la batalla, ni siquiera al rugido de los cañones. Nadian mueve un dedo, y la mujer se retira al interior enseguida.

—¿Quién eres?

—Nadian, ya te lo dije. Creo que es el momento perfecto para salir.

—¿Salir? —digo asustada—. ¿Salir adónde?

—Nuestro antiguo Redentor máximo nos trajo un modelo oportuno para estas situaciones. La *anfibia* es una tecnología desconocida en otros Garónatros.

Descendemos nuevos escalones, con el Océano destellando a lo lejos. Sigo asustada, pero noto ese hormigueo excitante a lo desconocido, esa vibración orgánica que es como una fuerza interna que se resiste a la propia *kalemia* a la que parecen servir los otros, los demás, esos residentes y sus vigilantes, los Redentores. Gaul me trajo aquí para dejarme sola: había pagado con su fortuna nuestra estancia por un largo periodo sin conocer, o sin decirme, lo que realmente sucede en Muu desde hace siglos. Pronto atravesamos una puerta en arco de la muralla, mientras los sirvientes de Nadian nos miran sin suspicacias ni asombro. Entre unas rocas negras como el azabache puro sobresale una extraña forma oblonga y translúcida, parecida a los selgs anfibios de Cengo, pero inerte como una balsa de madera. Nadian me sonríe mientras me coge de la mano, y me hace hundir el pie en el agua tibia.

—¿Adónde vamos? —digo, intrigada, y del otro lado de la fortaleza comienza a emerger una columna de humo.

—No te preocupes, no tardarán en irse. Los atacamos hace cien órbitas. Sólo nos devuelven la cortesía de la visita.

Nadian abre el caparazón de su pequeño monstruo marino, y me ayuda a meterme dentro del cubículo como si me llevara a dar un alegre paseo por Muu y sus encantos.

—Cuidado con la cabeza —me advierte, y se coloca en el asiento delantero de los tres que conforman el vehículo. Cuando ya estamos dentro, y sin que apenas pueda asimilarlo, pulsa una palanca del cuadro de pilotaje y la máquina reverbera con una suavidad gaseosa: enseguida comienza a moverse sin emitir un solo sonido. En un segundo el monstruo anfibio se sumerge entre la rocas.

—Ahora mismo somos invisibles —me dice, y veo su nuca delgada.

—Pero esto… ¡es demasiado peligroso! —me asusto, y de golpe siento un temor instintivo hacia ese extraño que me trata como si fuera su hija perdida… De hecho, puede no sea amor paternal lo que le impulse a protegerme. No, puede que no. ¿Qué haces aquí, con este loco?, me digo.

—Ahora es el mejor momento —se reafirma casi con entusiasmo—. Además, vamos al oeste, no tengas miedo.

El vehículo anfibio se desplaza como una anguila cengu a lo largo del Océano de Capedia, en pleno Ecuador. Haces de luz oblicua caen como finas cuerdas de arpa desde la superficie, desde donde a veces se oyen temblores sordos que se propagan en ondas hacia las profundidades: el rumor sísmico de una batalla que sólo se intuye.

—Dioses —murmuro, mientras nos alejamos de la lucha. El recelo por esta huida, o el simple acto del asalto se desvanecen ante la visión de un paisaje difícil de describir con palabras. Alguna criatura marina pasa ahora junto a nosotros, ajena a nuestras peripecias, a los ritmos y costumbres de los hombres que habitan arriba, sobre la tierra firme de las islas del archipiélago.

—Nadian, ¿Adónde me llevas? —mascullo.

—A un sitio seguro, no te preocupes. Tal vez no puedas o no quieras confiar en un desconocido, pero te pido que confíes en mi palabra.

Nadian conduce la máquina transparente como si llevara muchos años haciéndolo. Sube o desciende según las corrientes internas, y me lleva a contemplar los bosques marinos de Icrotej, plagados de una flora que reivindican los Maestros Redentores de cada Garónatro como partes de la poción de su fórmula sanadora definitiva.

—Nadian —digo de nuevo, y Nadian no se gira, aunque sé que está escuchando—. Nadian, ¿cómo llegaron… cómo llegamos a esto?

—Es complicado —responde con sus manos en los mandos de la nave—. Cada mundo ha traído a sus hijos enfermos, pero cada enfermedad se ha encargado de repartirnos, de segregar a cada comuna en su propia isla. Sé que no es posible asumirlo en otros lugares, no creo que en tu planeta fueran capaces de comprenderlo, pero no es la enfermedad la que nos ha cambiado. Ha sido Muu. Muu y sus promesas. Y cada ejército de enfermos de un mismo mal ha tomado su propia bandera, y cada uno asume el papel que le corresponde. Nosotros sabemos que Muu es testigo de nuestra sanación. Las demás Naciones han sido sólo un error ineludible. Llegaron atraídas por una llamada que nunca se produjo para sus males, pero se arrogan el estatus de ser los defensores de su fe.

La locura ha transformado el tejido social de Muu hasta dotarlo de una vida propia, íntima y coherente. Ahora veo a Gaul, besándome.

—Allí sanaremos —me dijo, siempre tan convencido.

—Pero luego vamos a volver con la familia —imploraba—. ¿Me lo prometes?

—Claro, eso siempre… Va ser un viaje largo, y yo… sabes que no estoy

para muchos bailes contigo…

—No seas tonto.

—Muchos querrían estar en nuestro lugar. La *kalemia* ha acabado con mucha gente en el norte, y hasta los cenubes enferman.

Nuestro lugar, pienso, y me veo viajando por el Océano de otro mundo mientras en la ciudad sanatorio donde vivo lanzan descargas a una flota de enfermos de *angrona.* Enfermos de un mal contra enfermos de otro. Una bandera contra otra, y cada una representa el virus, la bacteria, el parásito que nos auna y nos separa del resto.

—Si has pagado lo bastante —me dice Nadian de golpe— como para llevar más de cien órbitas con nosotros, te darás cuenta de que algún día podrías dar tu vida y tu salud por el grupo. El Garónatro es un sitio sagrado, nuestra casa. Tu casa en Muu, por si no lo sabes. A todos aquí nos une el mismo propósito, y los que sanan tienen otras misiones, aparte de salir del planeta. Muu nos ayudará a escupir esa flema de basura enferma de otros mundos: impostores, vagabundos sin patria, mercenarios de una causa que no es la suya.

Al cabo de un rato, Nadian hace salir el monstruo invisible a la superficie. Estamos justo delante de las primeras piedras coralinas de un atolón con forma de media luna. La isla y nuestro santuario de Kalemia han desaparecido en el horizonte, una niebla difusa de luz cálida. Al abrir el caparazón nos invade el aire del entorno, indiferente a nuestras guerras febriles, nuestro grado íntimo de locura.

—Este es mi reposo secreto —me revela, y me toma de la muñeca para salir del vehículo, varado en una panza de duna acuática. Vuelvo a hundir mis zapatos en el agua, y durante unos minutos caminamos con el Océano a la altura de las rodillas. Al fin subimos a una roca, y pronto nos alzamos sobre una superficie mullida de musgo de color azul que desprende un olor empalagoso.

—Cuando necesito pensar un poco… —dice Nadian mientras avanza de nuevo el primero, un guía inesperado que me conduce por una pendiente en una de las fantásticas estribaciones del atolón— me vengo hasta aquí para que nadie venga a molestarme.

—¿Eres un alto cargo? —pregunto, y la brisa acaricia mi pelo mientras subimos evitando algunas plantas gigantes como tubérculos—. ¿Es eso? ¿Lo eres?

—El anterior Redentor… —prosigue, como si no hubiera oído mi pregunta —. Bueno, era un hombre curioso, vamos a llamarlo así. Investigaba

nuestro mal con la dedicación de un experto, de un sabio. Recogía raíces, cáscaras, escamas, huesos, cualquier cosa de Muu era buena para sanar nuestra *kalemia.* ¡Cualquier cosa! Un día me dijo: "Nadian, ¿sabes por qué estamos aquí? ¿Lo sabes?" Yo le dije que para curarnos, claro, porque éramos los elegidos. Pero va y me responde: "no, no es por eso, Nadian".

—¿Cuál es el secreto?

Nadian hace una pausa, y se detiene a tomar aire. La *kalemia* provoca que su respiración sea escasa y difícil con el esfuerzo.

—Calla y escucha. Puede que eso fuera en un principio, lo de sanar, digo, pero como puedes darte cuenta, Muu no impide que muchos sigan muriendo del mal que nos consume, aunque sea poco a poco. Hemos creado nuestro propio sistema, y el núcleo que nos une es la misma enfermedad. Hemos construido un gobierno con sus normas, y ya contamos con nuestra propia tradición, nuestro dialecto común, nuestra cultura, ¿lo entiendes?

El Sistema Kalemia, ubicado en una remota región de un mundo diminuto. La enfermedad nos ha civilizado a su manera, moldeando las costumbres, sincretizando los credos de cada residente o peregrino, convirtiendo un sanatorio en un estado, un país propio con sus fronteras. ¿Qué enfermedad derrotará a las otras para levantarse como la única auténtica, la que merece los cuidados y sortilegios de Muu?

—Mira —me dice, y detrás de unas rocas sobresale un torreón de piedra oscura. Camino como hipnotizada, conducida por la corriente marina de un sueño que no es el mío sino el de mi amante, el de Gaul. Yo he venido a sanar, a curarme, me digo, a tumbar mi cuerpo para que las radiaciones benefactoras del sol de este planeta sequen mis llagas; para que la Fase 1 no desaparezca reemplazada por la 2 en un camino sin escalas hacia lo único que nos ha llevado a todos a este sitio: el miedo, la esperanza, la fe, cierto grado de esa vehemencia que flota bajo la atmósfera llevada por historias que ninguno de nosotros hemos vivido.

Nos detenemos delante del edificio. Parece una torre observatorio abandonada, sin ventanas exteriores y con unos oscuros signos grabados en la piedra, como runas; unos diminutos seres grises de aspecto gomoso nos observan encaramados en lo alto de las cornisas superiores, medio invadidas por el musgo azul.

—No tengas miedo —me dice al verme rezagada.

Entramos por el arco de roca de la entrada abierta, sin una puerta que la proteja ni un vigilante que nos impida el paso.

—¿Qué es esto? —le digo. Nadian baja la cabeza al entrar por el vestíbulo,

que parece haber sido construido por y para seres muy pequeños.

—Mi maestro Redentor encontró este sitio cuando nuestro Garónatro era apenas un sanatorio sin armas de alcance. No puedo revelar su identidad, pero sí puedo decirte que era uno de los hombres más poderosos de la galaxia. A menudo le gustaba decir que el drama a pequeña escala de lo que pasa en Muu era sólo una fuente de laboratorio y un campo de pruebas para el futuro. Hay cosas… tenía ideas complejas, que los iniciados no podrían entender aunque les fuera la vida en ello. Su amplitud de miras era revolucionaria, sin duda.

De nuevo subo por escaleras de piedra antigua, ahora de escalones desgastados y cubiertos de musgo, con paredes sombrías que parecen haber sido forjadas en un solo bloque compacto.

—Estamos en una de las pocas construcciones que quedan de una raza extinguida. Aún nos quedan algunos registros sobre aquellos viajeros, tal vez gente como nosotros, temerosos del futuro. Calculo que deben quedar casi un centenar de torres medio en ruinas. Mi maestro descubrió ésta hace mucho. Nadie la visita menos yo, ni a nadie le interesa tampoco. Está demasiado lejos de la *Plaga Súbita*, del *Mal Invertido*, de la *Angrona.* Hasta de nosotros.

Alcanzamos una sala abovedada sin ventanas, con extraños símbolos escritos en las paredes y sin ningún mueble ni objeto ornamental a nuestro alrededor; enseguida huelo a algo denso, un efluvio a raíces podridas, no estoy segura. Como si detectaran nuestra presencia, unas curiosas esferas adheridas a la roca se iluminan con lentitud para enseñarnos el espacio hueco. La luz pálida de este recinto llena de pliegues y sombras el rostro enfermo de Nadian.

—¡Iäc! —grita con un tono agudo, y enseguida hace un gesto rápido en el aire, describiendo círculos y otras figuras con su mano derecha. De golpe surge un objeto flotante, como a metro y medio de altura: casi en el centro mismo de la sala, es un recipiente de vidrio curvo de color malva con el cuello largo como una botella de licor.

—¡Oh! —boqueo, absorta.

—Te encontré al primer o segundo día de tu llegada —me revela, y coge el frasco, en cuyo interior se mueve el fluido con la densidad de una espuma perezosa—. Tengo la visión de ver quién podría sustituirme cuando ya no esté aquí para defender la fortaleza.

Me alarga el frasco. Lo tomo indecisa: pesa poco, casi como si estuviera relleno de aire.

—Ten mucho cuidado. No vayas a caerlo.

—¿Qué es esto?

—¿No lo imaginas? Mi maestro Redentor me dio la llave para vigilarlo. Eso que sostienes entre tus manos es el fruto mismo de cientos de años de investigación laboriosa, el producto y resultado final de la misma.

Pienso en un veneno mortífero, e imagino a los balbucientes enfermos del *Pétalo Azul* luchando sin fin con los afectados por la bacteria del *Hulus*, propia de un mundo sin nombre más allá de este sistema solar; a los combatientes hinchados de la *angrona* contra nosotros, los llagados místicos de la *kalemia*, propia de Cengo y de otros pocos lugares.

—¿Es un arma? —y le devuelvo el frasco, que ahora vuelve a colocar en el aire, y que a un giro de su muñeca desaparece en un segundo. Al salir de nuevo al exterior, rodeados por bandas de esos seres gomosos del atolón, Nadian sostiene sus manos a la espalda, con aspecto reflexivo.

—Eso que has visto —me dice, y su escaso pelo cano se revuelve con la brisa— es aquello que podría reducir nuestro mundo a escombros. Pero no es un arma como imaginas.

—¿Entonces?

—El antídoto.

Apenas puedo reaccionar a lo que oigo.

—¿Cómo?

—Es la fórmula destilada, la única que existe. Tenemos la misión o el deber sagrado de cuidarla.

—¿Antídoto? —balbuceo, y recuerdo el rostro blanco de Gaul—. ¿Quieres decir… para curar la *kalemia?*

—Para exterminarla del todo. Para que no vuelva a surgir ni aquí ni en ninguna parte.

Retrocedo, confusa. El aire se ha vuelto espeso, y me oprime la garganta.

—No… no entiendo nada… No entiendo tus palabras.

Nadian me mira con una sonrisa condescendiente.

—¿Imaginas el trabajo de todos estos siglos? ¿Nuestro Garónatro, obra de tantas vidas e ilusiones, y sobre todo nuestra Nación? ¿Entiendes lo que eso supondría para los *otros*, los que están esperando a que desaparezcamos de una vez por todas? El *sheeg,* el antídoto, es obra de nuestra tradición, y debemos cuidarlo como parte de nuestras riquezas, de nuestra fe en la curación definitiva en Muu. Por eso tampoco debe ser destruido. Es el

último signo de nuestro orgullo secreto.

—Yo… —balbuceo, y casi trastabillo entre el musgo azul—. No…

—Aunque no lo sepas —me dice al fin, y enseguida sus ojos pasan del castaño al verde oscuro—, ya esperaba tu llegada a Muu desde hace algún tiempo. No importa que ahora no puedas creerme, pero te conozco de cuando eras una recién nacida. Yo era amigo de tu padre, el gobernador de Latrus. Y ahora tú, su hija, estás aquí, porque la llamada de una promesa te ha traído con nosotros. Pero aún no me has dicho tu nombre. Vi tu *ilga* de rango en el archivo de residentes, pero no recuerdo cómo te llamas.

—¿Conocías a mi padre? —gimo, incrédula—. Me has estado vigilando en estas órbitas.

—Te he observado. Me informaron de que venías acompañada, pero luego te vi sola por las salas. Serví a tu clan hace décadas, en la gobernación.

Me siento frágil, como si estuviera a punto de desgajarme en muchos fragmentos diminutos.

—¿Pero por qué? ¿Por qué guardar el antídoto, Nadian?

—Porque lo que nos une es más grande que lo que nos separa. Porque ya es demasiado tarde para asumirlo, y porque recibimos fondos de otros mundos para seguir aquí, vivos, defendiendo nuestras creencias.

—Yo…

Me toma entre los brazos, ahora sí, como una hija, tal vez la que nunca tuvo. Conocía a mi padre, pienso, y me doy cuenta de que los más ricos fuimos los más afortunados, como siempre ha sido.

—Como antiguo médico de tu familia, debes creerme. ¿Vas a tomarte tu tiempo para seguir mis lecciones, o prefieres unirte a los demás en su ignorancia? Alargaré tu vida más allá de lo que crees. Incluso es posible que pueda estacionar la bacteria.

—Nadian, no podéis hacer eso… ha muerto mucha gente. No es posible…

—Atiende y razona. La sanación es un horizonte que nos consuela, que nos calma y nos da vigor, y nos hace más poderosos. Nos ha unido, ¿no lo ves? Gracias a la *kalemia* nos conocemos, y gracias a ella podemos defender nuestros intereses, las enseñanzas, los libros que se escriben, la tecnología que se desarrolla para las guerras. Si usamos el *sheeg* ahora habremos perdido, ¿no lo entiendes? Bajaremos nuestra bandera y nos tendremos que ir. Será nuestra derrota definitiva.

No puedo, no quiero creerlo, pero también su voz me resulta atrayente, la modulación con la que habla de nosotros, los *kalemios;* la forma en que

menciona la patria que se ha forjado en este lugar. En Cengo ya no hay nadie para recibirme. Pero podría estacionar la bacteria en mi organismo de forma clandestina, mientras los otros se sumergen cada órbita en las rocas subterráneas o inhalan los vapores sulfurosos. Podría incluso curarme si quisiera, porque puede hacerlo, y ambos lo sabemos. Conoce secretos y fórmulas que los ríos de peregrinos ignoran, y que tal vez no quisieran conocer nunca.

—Cuando todos los *demás* hayan sido derrotados usaremos nuestro antídoto —afirma seguro, con una extraña sombra hipnótica en sus ojos, y me suelta.

—Derrotados —repito hechizada por su discurso, por esa mirada con la que me estudia desde que llegué al Garónatro como una más entre varias decenas. Gaul, ¿qué habrías hecho tú si hubieras podido sobrevivir al viaje en nuestra nave, rumbo a Muu, el refugio de la esperanza? Nadie lo sabe ni lo sabrá nunca, pero ya no importa.

—¿Puedo confiar en ti? —me dice, y se agacha para recoger una pequeña flor amarilla—. Ahora te resulta imposible aceptarlo, porque llevas demasiado poco entre nosotros. No has terminado de entender la razón por la que los más avanzados se reúnen en las cámaras inferiores. Pero lo harás cuando llegues al nivel de conocimiento más profundo. Quiero que seas mi protegida.

Miro a Nadian, el señor absoluto del Garónatro, defensor de la fe en la sanación natural de nuestros males por la influencia misma del planeta. Es el vigilante del antídoto que podría salvar a millones de infelices sin ser convocados a su fortaleza, y sin embargo camina sin prisas sobre la alfombra de musgo de un atolón sin nombre, como un viajero que se detiene a contemplar unas ruinas o a seguir el curso migratorio de un bando de adalas voladoras. Aún no comprendo esto. Sin duda, me quedan muchas órbitas de aprendizaje para discernir el sentido de sus acciones.

—Ilbel —susurro.

—¿Cómo? —dice distraído, justo cuando comenzamos a bajar por la pendiente.

—Me llamo Ilbel.

Carlos Pérez Jara (Sevilla, 1977) es autor de cuentos y relatos de género fantástico. Sus historias han aparecido en diversas revistas especializadas, como la propia Axxón, PROXIMA, Korad o Planetas Prohibidos. Aborda el género de terror en selecciones de cuentos como “Calabazas en el trastero”, de la editorial española saco de huesos. Ha sido seleccionado de forma

consecutiva para la antología de relatos “Fabricantes de sueños”, 2010-2011 y 2011-2013, seleccionadas, respectivamente, por el editor argentino Luis Pestarini y el escritor y crítico cubano José Miguel Sanchez, YOSS. Publicado en España, Argentina y Cuba, es asimismo el autor de la novela de terror fantástico “Los viajeros del sarcófago” (2014), publicada en la editorial Gente Nueva, dentro de su colección Ámbar.

Ha publicado en Axxón, en Ficciones: TEMPUS FUGIT, LEGADO, AL OTRO LADO DE LA LLANURA, LA DECIMOTERCERA CLÁUSULA, HIJA DE HELISURPA, PURGATORIO, ESPÍRITUS Y MARIONETAS, ORILÁN, CAPITÁN SOLOZA, EL GRAN MIROBI, LOS DEMONIOS DE PINDAURO, PIEL Y TINIEBLAS, SCEL, TEMPUS FUGIT, LEGADO, AL OTRO LADO DE LA LLANURA, LA DECIMOTERCERA CLÁUSULA, HIJA DE HELISURPA, PURGATORIO, ESPÍRITUS Y MARIONETAS, ORILÁN, CAPITÁN SOLOZA, EL GRAN MIROBI, LOS DEMONIOS DE PINDAURO, PIEL Y TINIEBLAS, SCEL

El designio

Marco Manuel Ruiz

COLOMBIA

Un oscuro presagio le quitó el sueño a Libia; era como una especie de bruma siniestra que se enredaba en su cerebro, invadiéndolo por completo. Aquel súbito despertar la llenó de incertidumbre. Ya eran varios los días que llevaba así, agobiada por tanta angustia que le interrumpía el sueño constantemente. Empezaba a pensar que ese pesimismo que la asediaba traería alguna consecuencia. Se reprochó su acostumbrada tendencia a la fatalidad y se santiguó. Miró hacia la cama donde dormía Julia, su hija de doce años. Estaba vacía. Extrañada, se levantó con rapidez. La niña no tenía clases hoy, no necesitaba madrugar. Miró su reloj de pulsera. Eran las seis y media. Se percató que la puerta de atrás, la que daba al patio, se encontraba abierta. Afuera se escuchaba un ligero rumor de hojas secas. El viento silbaba lúgubre, estremeciendo el techo de hojas de zinc. Fue a asomarse, y ahí la vio. Estaba bajo el palo de mango. Tenía los ojos cerrados y los brazos extendidos al frente. Parecía en trance, como hipnotizada. En sus manos un pequeño pájaro cantaba con firmeza, casi furibundo. En ese momento, otro pájaro se posó sobre uno de sus hombros, después otro voló hasta sus pies, y luego otro, y otros más volaban y se posaban por todos los rincones del lugar. Libia, jamás había visto tal cantidad de pájaros en su vida, y menos reunidos en el patio de su casa. El trino ensordecedor de todos juntos estaba a punto de enloquecerla. De repente, callaron.



Ilustración: Valeria Uccelli

Un silencio perturbador se apoderó del ambiente. De nuevo, se escuchó un trinar, pero esta vez era un solo pájaro; su cantar era suave, melancólico.

Libia trató de buscar entre la multitud de coloridas aves, cuál era la que cantaba de forma tan hermosa y a la vez tan triste. Quedó estupefacta al darse cuenta que el bello sonido salía de la boca de su hija. Julia, abrió los ojos, pareció ver a su madre y su canto se detuvo. Lanzó un alarido agudo y se desplomó en el suelo. Los pájaros huyeron en desbandada en un poderoso fragor de alas indómitas y colores destellantes, dejando una estela de polvo y hojas marchitas suspendidas en el aire. Libia, sobresaltada, corrió hacia donde estaba la niña, la alzó y llevándola en brazos entró al cuarto acostándola en la cama. Presurosa, se disponía a ir a buscar al único medico del pueblo, cuando Julia despertó de su inconsciencia.

—No hay tiempo para nosotros — dijo con la mirada perdida, como buscando un punto inexistente en el espacio.

Sorprendida por aquellas palabras, Libia sólo alcanzó a abrazar a su hija con fuerza. La sintió temblorosa, muy frágil, casi no tenía peso.

—No hay tiempo para nosotros. Ellos me lo dijeron — exclamó la niña, sollozando.

—Ya, mi amor, tranquilízate. Estás un poco confundida por el desmayo.

Julia, ahora lloraba incontrolablemente. Era como si un dolor muy grande la afligiera.

—Hija, por favor, cálmate.

En ese instante, la niña volvió a quedar inconciente. Asustada, la recostó de nuevo y la arropó. Iría a buscar al medico. Miró su reloj. Con sorpresa, vio que ya eran pasadas las nueve. Pensando que el reloj estaba descompuesto, no le prestó atención, sólo se vistió rápidamente y salió a la calle.

Afuera, no corría la más leve brisa. Las hojas de los árboles estaban estáticas, dándoles a estos un aspecto de fotografía gigante. Sintió frío. Aceleró el paso. Intrigada, vio que algunas personas miraban hacia arriba y señalaban. Levantó la mirada, y tuvo que detenerse. El cielo se vestía de un extraño color naranja. Estaba despejado, límpido, no había ni una sola nube. El sol parecía apagado, moribundo, se podía ver directamente sin molestias. La luz que emitía era pálida, mortecina, y le daba una tonalidad sepia a todo. Alrededor de él, un inmenso anillo purpura lo circundaba, amenazante. De pronto, un trueno ensordecedor retumbo por todo aquel cielo mustio, fue tan fuerte que algunas personas cayeron al suelo. Al cabo de unos segundos un espantoso silbido se escuchaba por doquier, obligando a la gente a taparse los oídos, era tan agudo que algunos empezaron a gritar desesperados, entre ellos Libia. Las palabras de Julia retumbaron de pronto en su cabeza, haciendo eco en sus propios temores.

Cual reguero de pólvora encendida, el miedo comenzó a apoderarse del pueblo. La gente corría desesperada, unos hacia la iglesia, otros con algunas pocas pertenencias se disponían a huir, pero sin saber a dónde. Libia, se encontraba tan aturdida que no sabía qué hacer. Ya ni recordaba dónde era que vivía al que estaba buscando. Es más, había olvidado a quién era al que buscaba. Se sentía confundida, como si tuviera un gran espacio en blanco en su cerebro. No alcanzaba a entender la extraña situación que estaba viviendo junto con todas aquellas personas, que de un momento a otro esperaban un destino catastrófico para todos ellos este día. Comprendió, afligida, que ya nada tenía sentido. Debía regresar con su hija. Si este era el final de todo, si aquel era el día de morir, lo harían juntas.

Cuando por fin aquel inclemente pitido cesó, Libia, vio a su alrededor a las otras personas dando vueltas en círculos y actuando de forma irracional. A lo mejor la locura, era el principio del fin, un abrebocas para el desastre que se avecinaba, pensó. Miró hacía arriba, viendo como aquel anillo infernal aumentaba su grosor consumiendo inexorablemente al sol, tal como lo estaba haciendo con la cordura de todo el pueblo. Entonces fue que los vio. Enmarcados en aquel cielo anaranjado, todos los pájaros del mundo emigraban hacía un destino incierto. Como una nube infinita, miles de ellos escapaban de un designio que ya sabían por adelantado. Libia se sintió tan desolada que no pudo contener las lágrimas. Empezó a correr en medio de aquel caos, antes de que olvidara también el camino de regreso a su casa.

Al llegar entró con cuidado para no despertar a Julia. El viejo reloj de pared marcaba las cuatro de la tarde. Pero, ¿cómo era posible? No estuvo ni una hora afuera. Hasta el tiempo había enloquecido, pensó abatida. Se dirigió al cuarto. La niña no se encontraba allí. La llamó, buscándola en el baño. Nada. Preocupada, salió al patio. Tampoco había rastro de ella. Gritó su nombre varias veces. No hubo respuesta. "Julia, ¿Dónde estas?", exclamó con angustia. El sonido de un fuerte aleteo sobre su cabeza la hizo mirar hacia arriba. Ahí, justo encima de ella un pájaro enorme volaba mirándola fijamente. Parecía querer acariciarla con sus alas. El ave se posó sobre el suelo y sin dejar de observarla comenzó a cantar. Libia sintió una punzada en el pecho al recordar aquel hermoso trinar, suave y melancólico. Los oscuros ojos del ave le eran tan familiares que le transmitían una gran ternura. Trató de esbozar una sonrisa, pero sólo le alcanzó para mostrar un rictus de amargura en sus labios. De pronto, toda aquella cantidad de recuerdos malos y buenos en los que se resumía su vida se agolparon a fuerza en su mente, todo un conglomerado de sucesos extraños y cotidianos, que finalizarían quizá en lo mejor que le había pasado en toda su existencia, haber traído al mundo a su hija, su pequeña Julia; cómo la iba a

extrañar, suspiró entre sollozos. El gran pájaro siguió cantando mientras alzaba el vuelo y se perdía en el horizonte, buscando los últimos vestigios de luz en un sol que ya agonizaba. Aquella imagen diáfana, casi etérea en medio del desastre inminente fue la que quedó grabada en la mente de Libia antes de perder la razón para siempre.

Marco Manuel Ruiz, vive en Medellín, Colombia. Es diseñador gráfico, le gusta el arte y la literatura, en especial la fantástica. Ha publicado cuentos en el magazine dominical del diario El Colombiano, Letralia y la revista digital miNatura. Actualmente se encuentra escribiendo la que sería su primera novela.

Sólo un día

David Monedero

 **ESPAÑA**

—No sabes lo que dices, Adam.

—¿Cómo que no? —El hombre se pasó la mano por el pelo engominado—. Tú llegas a casa a diario y puedes hacer lo que quieras. Si quieres conectarte a algo, te conectas. Si no te apetece, hidratas algo de comida y al sofá. En cambio yo, quiera o no, siempre tengo trabajo atrasado, y así invierto mi tiempo libre hasta que llega Laura. A partir de entonces cualquier frase por mi parte se acaba convirtiendo prácticamente en una acusación de homicidio.

—Tío, eso son cosas tuyas. Laura es una mujer increíble.

—Eso te crees tú. Pero es que el tema viene de muy atrás. Y no es solo eso, es todo. Mi vida es puro tedio. Tú en cambio…

—No te lances. Yo hay días en que llega la noche y no tengo ganas ni de hacerme copia de seguridad.

—Pero, ¿otros? ¡Mira lo que me acabas de contar del fin de semana! —Dio una palmada sobre la mesa.

—Y lo que no te he contado.

—Eso, ¡y lo que no me has contado!

—No, no me entiendes —Roscoe miró a su amigo: la viva imagen del éxito personal y profesional envidiaba su vida de proletario. Le ponía enfermo—. Me levanto a las cinco de la mañana, y mientras desayuno veo el taller al otro lado de la puerta. Mi cocina huele a grasa de coche. La mayor parte de los días acabo quitándome el pijama a mediodía. ¡No salgo del mismo maldito edificio ni para comer! Trabajo donde vivo, vivo donde trabajo, y como, y cago; normal que en cuanto pueda quiera desconectar de todo.

—Pero eres tu propio jefe.

—Ah, ¿que eso es una ventaja? ¿Te acuerdas del chico que tenía conmigo?

—Sí.

Roscoe dio un sorbo al café, ya frío. La cita de cada lunes se estaba

alargando en aquella ocasión más que de costumbre.

—Le tuve que echar hace dos semanas.

—Vaya.

—Sí, "vaya" es una forma de decirlo. Lo que me ahorro con su sueldo no cubre el retraso que llevo con los coches, con los pagos a los proveedores…

—¿Pero al llegar el viernes no te compensa?

—En absoluto. Cambiaría las tres tías de este fin de semana por tu fin de semana aburrido con Laura.

—Por tirártela.

—Vete a la mierda.

—No, no, te escucho. Cuéntame.

—Yo acabo el trabajo y no me está esperando nadie. Nada que hacer, hasta que a la mañana siguiente tenga que volver a trabajar.

—Amigo, eso último me pasa a diario. Tú al menos tienes tiempo libre. Lo que daría yo por cambiarme por ti.

Roscoe miró los posos del café en el filtro de su taza.

—Hagámoslo —dijo finalmente.

—¿El qué?

—Cambiarte por mí. Y yo por ti. Un día.

Adam echó una sonora carcajada.

—Mi jefe no aceptaría a un tipo como tú en la oficina ni siquiera para coger el teléfono. Mucho menos para hacer mi trabajo un día.

—No he dicho que yo vaya a tu oficina a hacer tu trabajo. Tú seguirás haciendo tu trabajo… solo que seré yo.

—¿De qué estás hablando?

—Intercambio de copias de seguridad.

—¿Estás loco? ¡Nos caerían quince años por lo menos!

—Eso será si nos pillan.

Adam miró a su amigo a los ojos. Realmente parecía estar hablando en serio. Cargar cada uno la copia de seguridad del otro. Sus recuerdos, sus conocimientos… todo lo que hacía de cada uno la persona que era.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?

—Mañana por la mañana vienes a casa con tu copia de seguridad de esta noche. Así ambos recordamos el acuerdo y luego nadie se puede hacer el

loco. En el taller tengo dos sillas de implantación, cargamos cada uno la copia del otro al mismo tiempo y, ¡ale hop! Vives mi mierda de vida durante un día completo. Te aseguro que al día siguiente vas a querer deshacerlo con todas tus fuerzas.

—Ahora eres tú el que no sabe lo que dice. Respecto a lo de echar mi vida de menos, el plan me parece bien. Pero el miércoles, mejor. Mañana tengo una presentación en el trabajo, y a partir del miércoles me voy a tener que encerrar en el despacho para planificar el proyecto, por lo que no tendrás que hacer nada en concreto. Además los miércoles Laura está todo el día fuera, así te evito tentaciones de querer vivir mi vida en todos sus aspectos.

Roscoe le dirigió una mirada reprobatoria.

—Aparte de que eres un idiota por pensar así de mí, no tienes valor.

—Ah, ¿quieres ponerme a mí de excusa? De acuerdo, pero eres tú el que se raja.

—¿Que me rajo? ¿A qué hora entras el miércoles a la oficina?

—A las nueve.

—Pues a las ocho en mi casa —Sacó una tarjeta desechable cuyo display aún mostraba algo de dinero. La dejó sobre la mesa—. Hoy invito yo a los cafés, el miércoles ya me gastaré tu dinero bien a gusto —dijo guiñando un ojo.



Ilustración: Valeria Uccelli

Cuando Adam llegó, Roscoe estaba trabajando en su propio coche.

—¿Quieres que llame a un mecánico de verdad?

Sacó la cabeza por un lado del capó.

—Precisamente anoche desactivé el cambio manual para que puedas ir a algún lado con él. Solo los hombres sabemos conducir como se hacía antes.

Adam bordeó el coche, pasando el dedo por la línea blanca sobre la carrocería granate.

—La verdad es que a este traje le quedaría genial este coche. Quizá hasta

podría ligar.

Roscoe sacó un cigarro del bolsillo de su camisa. Lo atrapó con la punta de los labios y retiró el film que cubría el otro extremo, haciendo que el fino cilindro combustionara al contacto con el aire.

—Pues me temo que eso no va a ser posible. Hoy tú tienes mi coche, pero yo tengo tu traje —dijo señalándole de arriba abajo—. ¿Has traído eso?

Adam extendió la palma de la mano, mostrando una memoria física portátil.

—Vamos a ello.

Reconocimiento de sujetos. Reimplantación de copia de seguridad. Sujeto uno, cable de interfaz conectado. Sujeto dos, a la espera.

Roscoe se giró hacia su amigo, que sostenía el conector entre sus dedos, posado sobre la entrada de interfaz de su cuello.

—Oye, si quieres pasar, lo entiendo. Tú te vas a tu oficina, y yo vuelvo a activar el cambio manual de mi coche.

—No, no es eso. Es que nunca he activado una copia de seguridad.

—¿No?

—¿Tú sí?

—¿Recuerdas el accidente de moto que tuve hace dos años?

—Claro.

—Yo no —dijo Roscoe entre risas—. Por lo visto el casco se rajó por un lado muy chungo y tuvieron que coger de un donante parte del no sé qué…

—¿Lóbulo?

—Sí, del lóbulo.

—¿De cuál?

—¿Hay más de uno?

Adam le miró con displicencia.

—¿En serio aprobaste el jardín de infancia? Hay cuatro.

—Bueno, pues de uno. Qué más da. El caso es que, en cuanto hay que tocarte el cerebro, copia de seguridad al canto, ya sabes. Pero mientras quede la parte importante, puedes partirte el cráneo todas las veces que quieras.

—¿Duele?

—¿La reimplantación? ¡Qué va! Bueno, realmente lo que dicen es que sí, pero como no te acuerdas, te daría igual que fuera lo más doloroso que

conoce el hombre.

—Entonces de esta mañana…

—Claro, ninguno recordaremos nada. Ya lo pensé anoche. Por eso he decidido darte las indicaciones después del proceso.

Adam asintió con la cabeza.

—¿Listo?

—Claro. Vamos a ver si ligas tanto como dices —respondió sonriendo.

Les resultó extraño haberse acostado con el conector puesto para la copia de cada noche, y despertar en una silla de implantación. Pero ambos sabían qué había ocurrido. Se miraron el uno al otro. Resultaba menos raro de lo que habían pensado. A fin de cuentas, no dejaba de ser como mirarse en un espejo. Lo realmente extraño fue cuando Roscoe le hizo una señal a su amigo para que dirigiera su mirada al frente, donde había un espejo que ocupaba gran parte de la pared del taller.

Adam se puso en pie y vio en el reflejo cómo su cuerpo se quedaba quieto, y era su amigo el que se levantaba. Claro. No pudo evitar sonreírse.

—¿Notas algo raro?

—Me duele la cabeza.

—Me ha empezado a doler hace un rato, he tomado ibuprofeno, pero nada.

—Roscoe, vives en la prehistoria. A veces creo que ese amor tuyo por las cosas antiguas no hace más que encubrir una enorme incultura hacia la tecnología.

Roscoe le hizo una mueca.

—Tranquilo, desde este momento puedes meterte una enorme nanomierda de esas que tanto te gusta por mi precioso y virginal culo, pero ahora que vas a recordar lo que te diga, escucha: como calculo que no te vayas a pasar aquí el día entero adelantándome trabajo precisamente, he desactivado el cambio manual de mi coche, para que un niño pijo como tú pueda conducirlo. Solo los hombres sabemos conducir como se hacía antes. Es uno granate que está ahí atrás. Coge ese y solo ese, los demás son de clientes.

—Genial. Yo ayer te dejé algunas anotaciones en la oficina. Planta veintiuno, despacho 2160, casi al fondo. Con la tarjeta que tienes en la americana puedes entrar al edificio y al despacho. Hoy no tienes que relacionarte con nadie, así que saluda a los que te miren a los ojos, e ignora a los que te ignoren.

—Perfecto.

—Laura no suele llamarme, pero si lo hace no le cojas el teléfono. No sería la primera vez que lo hago, y si a la vuelta quiere discutir por ello ya me encargo yo. Llegará a casa sobre las diez, así que quedamos aquí… ¿a las ocho te parece bien?

—Doce horas, perfecto. Doce horas de vida apacible, tranquila y aburrida. Va a ser como unas vacaciones, pero fingiendo que trabajo.

—Vas a estar aquí esperándome desde las seis, verás.

—Veremos. Dime dónde has aparcado la cosa esa de plástico que te gusta llamar coche, para que pueda irme a mi despacho —Trató de darle cierto aire snob a eso último, mientras se ponía de pie y fingía estirar el traje.

—¿No ves que no me acuerdo? Anda, que me vas a hacer buen día, hoy. Intenta no cagarla mucho —Se encaminó hacia la parte trasera, buscando con la mirada el coche granate—. Te dejo, que hoy me toca a mí también vacaciones… ¡de vida!

Adam había salido de allí hacía ya tiempo, y Roscoe permanecía en el taller, mirando el automóvil del ejecutivo en el aparcamiento exterior. Bajó la verja, y se encaminó hacia el coche coreano, haciendo sonar los caros zapatos de diseño español. Se sentó en el coche, y sonrió.

La mañana transcurrió entre novedades para él. Una mujer de unos cincuenta años que le había sonreído con demasiada complicidad cuando entró en la oficina, una llamada de Laura que no contestó, un par de visitas de personas que le preguntaban cosas que ni siquiera entendía, y ante las que tuvo que disculparse con un "perdona, pero ahora mismo me pillas a tope con el proyecto"… La primera vez se dio cuenta, tarde, de que aquello de "estar a tope con el proyecto" no habría sido la forma de expresarse del señor Herbert, pero la segunda vez cometió el mismo error igualmente. Si le hubiera visto Adam le habría llamado algo. Siempre lo hacía.

Salió el último a la pausa de mediodía, observando por la ventana hacia dónde iba la gente que abandonaba el edificio. Sueldos con muchos ceros a final de año, pero más de la mitad de ellos comía en el centro comercial que había cruzando la carretera. Una mierda iba a comer él allí. Lo hizo en un restaurante árabe del centro, tomándose su tiempo para probar dos postres, decidir que ninguno le gustaba, y acabar por tomar un helado en un puesto frente a la oficina.

Algo parecido por la tarde: una visita a la que echar, dos llamadas de línea interna que no pensaba atender… miraba el tiempo pasar como si no tuviera que aprovecharlo. Llegaron las seis, las siete, las ocho… A las nueve menos diez salía del edificio en aquél coche automático al que ya empezaba

a ver con otros ojos.

Condujo hasta casa de Adam y vio que no había ninguna luz encendida. En cuanto el coche se aproximó al garaje, la puerta de este se abrió con un leve sonido hidráulico. Nada que ver con la verja de su taller. Del taller de Roscoe.

Conocía la casa más que de sobra, pero aún así le dedicó un buen rato a pasearse por la cocina y los baños, abriendo cajones y cerciorándose de dónde estaban los utensilios más habituales. Luego fue a su dormitorio y se puso un pijama limpio, como sabía que hacía Adam cada día. Cuando llegó Laura, lo encontró sentado en el taburete de la cocina, tomando unos cereales con leche de celulosa.

—Cariño… —Siempre le había parecido guapa, y no había tenido problemas en confesárselo a Adam. En aquel momento, con el rostro compungido, no solo era guapa; era un auténtico ángel—. Ha ocurrido algo.

—Me preocupas, ¿qué ha pasado?

—Roscoe —dijo ella, sin querer mirarle directamente a los ojos.

—¿Mi amigo?

—Sí.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó dejando la cuchara dentro del tazón.

—Su coche… tenía por lo visto un coche muy potente, ya sabes que le encantan los coches de gasolina —Elevó la mirada hasta sus ojos—. Le encantaban.

—Qué me estás diciendo…

Roscoe, se levantó, y Laura vio a su esposo con el rostro desencajado, dando un paso hacia ella. Le tomó de las manos.

—A primera hora de la mañana, en la autopista. Por lo visto salía de su casa y en cuanto ha alcanzado los ciento cincuenta, en la primera curva… es como si la dirección se le hubiera bloqueado —Le abrazó fuertemente, apoyando la cabeza sobre su pecho.

—¿Y no hay manera de que… Roscoe hacía copias de seguridad a diario. Era lo único que sabía manejar de este siglo.

—Ha salido despedido contra la fachada de un edificio. No hay nada que hacer —Se apretó contra él —. Lo siento, cariño.

—Vaya —Resopló. Luego tomó aire—. Al menos sé que te tengo aquí a mi lado. Y contigo no hay nada que no pueda superar.

Roscoe, Adam, abrazó a su mujer, y se sonrió.

David Monedero: Nacido en 1981, programador de profesión, aficionado a la tecnología y a la literatura, cine, cómics, y juegos de rol (Creador de "Microscopia", ilustrado por Enrique Vegas, publicado por la asociación "Amigos de la narración gráfica"). Colaborador en la revista Crítico, de la revista Presura y corrector para la App DigitalD20. Aunque siempre ha escrito, ha empezado a hacerlo "de puertas hacia fuera" sólo desde 2013. Fue finalista en el concurso "Terranova 3".

El diablillo en la cerradura

Pedro Paunero

 **MÉXICO**

I

Giles Corey se enjugó el sudor justo cuando su buey se detuvo. El sol le cegaba. Miró abajo, hacia el surco. El arado se había atorado en una gran piedra plana y había dejado, sobre su superficie, una larga marca de arrastre. Sonrió. Echó una rápida mirada alrededor, luego pasó varias horas recorriendo el terreno. Al atardecer había contado ocho piedras rectangulares, enterradas profundamente, dispuestas en octágono y había caminado, a lo largo y a lo ancho, por el interior de la figura, trazando una cruz con un palo. En el centro de la cruz se arrodilló. Comenzó a cavar con ayuda de un cuchillo. Ahí la encontró. Parecía una almendra enorme, ocupaba toda la palma de la mano y palpitaba. Corey la sostuvo entre los dedos, contra el sol moribundo, y notó las venas y arterias que la recorrían. También vio el embrión latiendo adentro, a contraluz. Eso casi lo disuadió de llevársela. Decidido, guardó la semilla en el bolsillo de su sucio pantalón. Cobró ánimo y se fue a su granja, guiando al buey a latigazo limpio, sonriendo y dándose golpecitos satisfechos en el bolsillo. En la granja hizo entrar al buey al establo y se dirigió al pozo. Contó tres pazos a partir del brocal, hacia el norte, es decir, en dirección contraria a la puerta de la casa y hacia la cortina de árboles del bosque, y ahí enterró la semilla, bajo un montoncito de tierra. A partir de entonces, por la medianoche, dio en regar la tierra con sangre de gallinas negras que desangraba en una cubeta de madera, mezclada con leche recién ordeñada a su vaca Clarissa. Lo hizo así por el lapso de siete lunas llenas.



Ilustración: Fraga

Una noche escuchó que algo rascaba cerca del pozo. Encendió la lámpara de aceite y abrió la puerta. Ahí estaba, detrás del brocal, escondiéndose, sacando medio cuerpo y media cabeza, cubierto todavía de tierra. Corey se acuclilló en la entrada y lo llamó suavemente.

-¡Ven aquí, no tengas miedo!… ¡Yo soy tu padre! –dijo.

La criatura tenía la piel de un color pálido, enfermizo, casi exangüe; la carne sobre la cabeza, demasiado grande para sus hombros, emaciada, cadavérica; en profundas cuencas oscuras por ojeras moradas miraban con odio, pero también con recelo, un par de ojillos negros, brillantísimos como azabache lunar, como pepitas de sandía cultivada en un panteón etrusco; no tenía orejas y apenas nariz; carecía absolutamente de pelo o de vello; sus extremidades eran largas y esqueléticas y en medio de sus piernas destacaba el desproporcionado órgano masculino que sobresalía de una abertura vaginal dentada.

-¡Acércate, no temas! –Susurró Corey.

La criatura abandonó el brocal, echando a andar con las piernas abiertas, torpemente, con pasos de mono, como si no le sostuvieran los huesos que se marcaban en las rodillas, el calcañar y los tobillos. A medio camino del pozo y la casa se detuvo, ladeó la cabeza y miró a Corey.

Corey dejó la lámpara en el suelo, entró en la casa, cogió una pata de pollo hervido y volvió junto a la lámpara. Esta vez se arrodilló, sostuvo la luz por encima de su cabeza con la mano derecha y la pata de pollo en la izquierda, agitándola hacia la criatura que empezó a moverse otra vez, más lentamente

que antes. Antes de que Corey reaccionara la criatura ya le había arrebatado la pata con una mano de cinco dedos huesudos con uñas larguísimas y blancuzcas a la vez que saltaba a su cuello. Corey sonrió. La cosa se aferraba con una mano detrás de su espalda y chupaba la pata sostenida con la otra mano, succionando hasta el hueso.

Llevó a la cosa al lecho preparado con cobijas y telas al lado de su cama y ahí le depósito, como quien acuesta a un bebé humano. La criatura lo dejó hacer, sin dejar de mirarlo y sin dejar de comer de manera obscena, cuando Corey le arropó y se fue luego a dormir.

II

Corey revisó el lecho maloliente de la criatura y otra vez descubrió restos humanos. Esta vez se encontraban, diseminados entre las cobijas, unos dedos cortados, con las uñas ensangrentadas, de aquellos que se defendieron hasta sangrar, antes de ser devorados vivos, también la mitad de la palma de una mano tatuada y un ojo nublado por cataratas que parecían, en cambio, muertos desde hacía mucho. Pero la criatura no estaba ahí y una de las sábanas que usaba para arroparla pendía, enganchada en una astilla de madera, de la ventana.

Salió y siguió el rastro de la cosa, ayudándose con la lámpara de aceite. Fue sencillo ir tras esos jirones de carne putrefacta, dejados aquí y allá, en un camino muy irregular y tuvo una sospecha de adónde podía haberse dirigido la criatura. Llegó al cementerio. La cosa estaba sentada como una rana, mostrando los órganos sexuales impúdicamente entre las piernas, mientras sorbía los sesos de una cabeza podrida, detrás de la tumba que había abierto con las manos; la cruz estaba tirada a un lado y la lápida en el otro y la tierra, húmeda, grumosa, parecía haber sido excavada como por un perro.

-¡No, no, niño malo! –Gritó Corey, acercándose, leyó el nombre en la lápida- ¡Has desenterrado y te has comido a la buena señora Morrison!

Corey arrebató la cabeza de las garras de la cosa y la tiró dentro del hueco dónde asomaban los pedazos de madera quebrada del ataúd, la mortaja deshilachada y el cuerpo desmembrado. La cosa ya había dado cuenta de buena parte del cuerpo. Corey le dio un golpe en la mano que la criatura le había tendido, ansiosa, como pidiéndole más.

El ser retiró la mano de golpe, la protegió contra su pecho con la otra mano

y miró a Corey con odio. Poco a poco el odio fue cediendo y sus ojos se llenaron de lágrimas. La cosa chilló como una *banshee* en medio de las sepulturas y Corey la levantó en vilo cuando extendió los brazos hacia él, como hace un niño pequeño que pide que le carguen. En el rostro de muerto del ser se marcaron líneas húmedas que se abrían paso sobre el polvo y los fluidos cadavéricos que la enmugraban de una forma asquerosa.

-¡Ya, ya, no llores, yo te llevaré dónde puedas alimentarte sin contratiempos y sin que faltes el respeto a los muertos! –dijo Corey. La cosa pareció entender y dejó de llorar.

Partieron y, desde detrás de las lápidas o asomándose de entre las grietas en los sepulcros y la tierra, otras innumerables cabezas de carnes emaciadas asomaron para verlos alejarse, con recelo.

Caminaron durante media hora bajo la luna y los árboles que susurraban, entre cantos de búhos y el roce de las hojas muertas. Por fin llegaron al gran roble que crecía delante de la casa de Joseph Whitley y dónde tenía morada una colonia de murciélagos vampiro que ora se desprendían de entre las ramas, ora regresaban, oscuros y funestos.

-¡Ahí…! -dijo Corey, bajando al suelo a su criatura y repitió-: ¡Ahí! –Señalando con el dedo- ¡Ve, él ahora duerme! ¡Es todo tuyo, ve… ve…!

El ser se fue dando saltitos, escondiéndose detrás de las rocas y los arbustos, brincó el vallado y atravesó el terreno delante de la casa y entró como un gato por la ventana, mientras Corey aguardaba detrás del roble.

En la noche sólo se escucharon los quejidos de los pequeños animales muriendo entre las garras y las fauces de los depredadores nocturnos. También, y Corey fue testigo, el grito moribundo de un hombre, allá, en su cabaña y en su cama, y el quebrarse de sus huesos y el chorrear interminable de la sangre humana inundando el suelo de madera pulida, filtrándose hasta la tierra de abajo.

Era una noche de depredadores y, como cualquier noche de esas muy, pero muy salvaje. Y, desde detrás del roble, Corey sonreía, esperando el regreso de la criatura.

III

Se levantó hacia el mediodía. Miró las cobijas que subían y bajaban con la respiración agitada del ser, que no despertaría sino hasta muy entrada la noche, y se puso a trabajar hasta el atardecer. Ordeñó a Clarissa e hirvió la

leche. Trabajó en la huerta y en el establo. Sembró y cosechó. Degolló una gallina y la cocinó. Esperó, leyendo su viejo libro de arcanos, a que despertara la cosa y preparó a Mitch, su caballo, cuando la criatura se apartó de golpe las cobijas y se incorporó en el lecho, a un lado de su cama.

La noche era cerrada cuando cabalgaron hacia la otra granja vecina. Los árboles tendían sus ramas hacia Corey al compás de un viento helado, como queriéndolo alcanzar o empujarlo hacia su destino.

Cuando llegó, se detuvo sobre el vallado.

-¡Allá –señaló con el dedo-, es la casa de los Morton! ¡Sólo debes respetar a la mujer joven, a ella no debes tocarla!

La cosa saltó al suelo. Corrió directamente a la ventana de la casa y trepó a la cuna del bebé. Su muerte fue rápida. Un mordisco en el cuello y apenas lloró, ahogado en su propia sangre. Luego fue por el padre. A este lo mordió en plena cara, arrancándole la nariz y enseguida en el cuello, abriéndole un pozo rojo y profundo. Una vez muertos comenzó a devorarlos al mismo tiempo que la hermosa mujer de Morton salía de la casa, gritando y desgarrándose la ropa y arrancándose los rojos cabellos. Semidesnuda y enloquecida, Corey la detuvo en plena carrera, atajándola como a una gallina que huye enloquecida. Ella, al principio, no lo reconoció. Después gritó, se tranquilizó, lo abrazó y soltó un río de incoherencias de entre las cuales Corey entendió las frases “bebé castrado”, “marido destripado” y “sangre a chorros”, todo en un chorro de palabras y en santiamén de acciones febriles, que daban cuenta de su estado mental.

Corey la levantó en sus brazos, la montó en Mitch, delante de él, y le fue murmurando al oído, todo el camino de regreso, palabras de aliento y de consuelo.

IV

Al paso de los días ella se mostraba ausente. Se sentaba largas horas delante de la puerta y miraba sin ver la cortina de árboles del bosque. Corey había ordenado a la cosa que se mantuviera escondida en el establo aun cuando Clarissa y Mitch se pusieran nerviosos con su presencia. Un día, en los labios temblorosos de ella se formó una palabra y Corey se inclinó para escuchar. Con un llanto incontenible soltó bruscamente la palabra “bebé”, luego cayó de rodillas, abrazando las piernas de Corey quien la levantó, la cargó en sus brazos y le fue besando los labios hasta depositarla suavemente

sobre su cama.

Cuando Corey iba a incorporarse ella le echó los brazos al cuello y lo jaló hacia sí. Olió su aroma caliente, su sudor y su húmedo aliento. Percibió su ansia. Se desnudaron aprisa, entre gemidos. En un acto que pretendía ser de olvido se entregó a Corey que gozó de su hermoso cuerpo, que la fue besando y lamiendo en cada pliegue íntimo y le fue despertando la piel y la carne con un nuevo ardor, hasta entonces desconocido. Ella lloró, quebrándose, arqueando su cuerpo hacia atrás, cuando alcanzó un éxtasis liberador para quedarse dormida después, acurrucada como un gatito.

Cuando despertó, Corey calentó agua al fogón con la que llenó el barreño grande y bañó a la mujer de Morton lentamente, gozando otra vez de ese cuerpo blanco y fresco y sudoroso, frotando con suavidad la piel con una esponja marina, lavándole el cabello, y ella sonreía y reía, más allá del barreño y de la casa de Corey y de los bosques que murmuran. Diríase que volvía a ser una niña. Una niña tonta. O una niña loca simplemente, que golpeaba el agua con las manos abiertas, salpicándolo todo y él, empapado, reía y le frotaba la espalda y no pudiéndose contener más la cogió por las axilas, la puso de pie, la abrazó y la estrechó muy junto a su cuerpo, mientras se iba quitando la ropa. Ella no podía dejar de reír y Corey la levantó en brazos, con el pantalón a medio bajar y, dando traspiés, la llevó a la cama. Se echó encima de ella cuando la risa desquiciada y alegre de ella se volvió en un grito de horror absoluto.

La puerta se entornó. Corey miró atrás. La criatura asomaba la cabeza y miraba, celosa. Primero metió una pierna huesuda en la habitación, luego un brazo, finalmente la cabeza y el resto del cuerpo y echó a andar hacia la cama.

-¡No, no, por favor! –imploró Corey a su mujer- ¡No temas, no le temas! –Se volvió hacia la cosa-: ¡Tú quédate ahí, no te acerques más! ¿No ves que la asustas?

La criatura se quedó inmóvil, y ladeó la cabeza, tratando de entender.

-Es un niño –explicó Corey-. Es un niño… ¡Tu hijo… tu hijo y mío! –Ella lo miró, había un dejo de comprensión en sus ojos- ¡Tu hijo resucitado! ¿Lo ves? ¡Lleva todavía la tierra de la tumba encima! –Se volvió hacia la cosa-Ven, no le hagas daño. Jamás te atrevas a hacerle daño. Es tu madre ¿entiendes? Tu madre…

La criatura trepó a la cama. Corey terminó por quitarse la ropa, hizo un lugar en medio de ella y de él a la cosa y cuando esta se recostó en medio de ellos, los arropó con la sábana.

-¡Es tu madre! –Ella miraba horrorizada a la cosa y, lentamente, venciendo

el asco, sacó una mano de debajo de la sábana y acarició la pelada cabeza.

En los ojos de la criatura apareció algo parecido a la dulzura y empezó a emitir sonidos bajos, como gruñidos o, mejor dicho, como ronroneos de placer. Corey acercó la asquerosa boca de la criatura al pecho núbil de la mujer robada a Morton.

-Ella es tu madre –explicó una vez más.

La cosa comenzó a succionar del rosado pezón. Cerró los ojos. Ella, a la vez, cerró los ojos.

-Tu madre… sí… -repitió.

Corey cerró los ojos. Se acomodó entre las sábanas. Dormitó por varios minutos y escuchó el seductor gemido de los árboles. Le hablaban. Le atraían. Le pedían que fuera hacia ellos. Las ramas se estiraban como manos, como dedos anhelantes.

Entonces ella gritó. Él se volvió y cogió por el cuello a la criatura. Por un momento quiso ahorcarlo pero aflojó los dedos. La cosa abrió la boca y enseñó la lengua entre los dientes afilados. Corey miró aquello. Parecía una cereza. Comprendió, cegado por la ira. Miró el pecho de ella que manaba ríos de sangre, mojándola cuerpo abajo, hasta el vientre plano, el ombligo, el pubis, el sexo perlado de humedad clara, enrojeciéndose. Se levantó de un salto, con el ser entre las manos apretadas alrededor de su cuello. Lo levantó sobre su cabeza y lo estrelló sobre el suelo. La cosa se quedó inmóvil. Corey le arreó dos patadas. Buscó el garrote con el cual mataba a las ratas y dejó caer tres golpes secos en su cráneo.

Con la punta del pie fue llevando el cuerpo de la criatura hasta la puerta y lo echó fuera, después cerró. Volvió a la cama. Miró a la muchacha. Rebuscó en las cajas dónde guardaba aguja e hilo de sutura y volvió al lado de ella, para curarla y cerrarle la herida y llenarla de besos a la vez que la abrazaba desesperadamente.



V

Soplaba el viento. Afuera se escuchaba el relincho de un caballo. Corey abrió la puerta. Un hombre lo saludó con el sombrero, desde el vallado. Corey cerró la puerta tras él y se acercó.

-¡Buenos días, Giles Corey! –saludó el recién llegado, sin apearse del caballo.

-¡Buenos días, Jeremiah Binner! ¿Qué te trae por acá?

-Vengo a ver si todo está bien en tu granja… Han estado pasando cosas horribles en los alrededores.

-¿Qué cosas horribles han estado pasando? –preguntó Corey.

-Supuse que no lo sabrías –señaló el visitante, irónico-, apenas se ha enterado el bueno del reverendo Johnson que hacía una visita a Joseph Whitley.

-¿Y qué ha pasado con Whitley? –preguntó Corey.

Binner miró la cortina de árboles y la señaló con la mano que sostenía la fusta del caballo.

-Mira cómo sopla el viento en los árboles… Los hace ondear como a una cortina de tul. Susurran ¿Has visto cómo se inclinan por las noches? Enterraron las cenizas de varios de los enjuiciados por brujería en el terreno sobre el que crecen… Pero eso ya lo sabes… Sembraron encima las semillas de muchos árboles para que sus espíritus no pudieran huir y quedaran atrapados en la red de raíces… ¡Ah, Whitley! ¿Qué ha pasado con él? Que lo han asesinado. Lo han despedazado y han esparcido sus pedazos por toda su casa pero no se han llevado nada de entre sus pertenencias…. No se sabe quién o quiénes lo hicieron. Al principio sospecharon un ataque de los indios, pero la última tribu de algonquinos se desplazó al norte hace ya varios años y de inmediato quedaron descartados.

-Pues no se me ocurre sospechar de alguien… Pero Whitley se había ido echando encima una mala reputación… Varios granjeros le odiaban… ¡Tú no ignoras eso! Deslealtad en el comercio de pieles y deslealtad en la venta de granos, allá en su tienda de comestibles y generales. No pagaba bien a los tramperos y a mí me debía un dinero que nunca le cobré…. Y, bueno, hace mucho tiempo discutimos por una mujer… ¡Pero no fui el único que tuvo altercados con él debido a líos de faldas!

-¡Así es y no hizo nada que le mereciera tal manera de morir! Aunque nunca se sabe el tamaño del odio que albergan algunas personas… Pero eso no es todo… Déjame contarte que, además están las *otras cosas*…

-¿Qué *otras* cosas?

-Sacrilegios en el cementerio… Desentierran los cadáveres y esparcen los restos por todo el camposanto. Los animales han estado mordisqueando algunos cuerpos o royéndolos. Deben ser ratas gigantes o lobos o… ¡Qué sé yo qué criatura infernal será capaz de trepanar las cabezas y sorber los sesos de los muertos!

-¿Sorber los sesos de los muertos?

-¡Eso es! ¡Algo sorbe los sesos de los muertos y roe los huesos! Te digo que deben ser ratas enormes… Como esas sobre las que se cuenta que cabalga el diablo. Y esto no viene a cuento… ¿Recuerdas las piedras aquellas que enterraron hace un siglo, las que intentaron destruir por fuego y ducha, agrietarlas, quebrarlas, pero no pudieron, en tiempo de los juicios y que habían trasladado, ayudados por los indios, los miembros de, por lo menos, siete familias de enjuiciados a un lugar del campo? Se decía que ahí realizaban ceremoniales secretos…

-El octágono de piedra, sí.

-Bien, pues alguien se puso a limpiarlo por encima y desenterraron algo… Mejor dicho, soltaron algo de entre ese octágono y eso debe andar por ahí –Binner señala con la barbilla hacia delante-, y es lo que anda haciendo travesuras y diabluras. Las piedras le mantendrían encerrado, durmiendo, como las marmotas en invierno, hasta que alguien lo desenterrara. Pues ya lo han hecho. Liberaron al diablillo.

-¿Un diablillo?

-Un *gul* al parecer.

-¿Un gul?

-¡Tal como lo oyes! ¡Un gul!

-Hace un momento decías que ratas y diablos… ¡Ahora dices que un gul!

-¡Un gul que cabalga sobre ratas gigantes! –Binner se inclina hacia Corey, como en una confesión-: Encontraron una de esas cosas en la cunita de la bebé recién nacida de los Whalton.

Corey se interesa pero no deja que Binner lo note.

-¿Cómo? –Binner mira otra vez la cortina reptante del bosque.

-¡Esos malditos árboles que susurran! Mira su oscuridad. Está atrapada entre sus ramas. Gotea. Parecen tramar algo… Sí… la mujer de Whalton, esa pobre niña recién parida, había ido a amamantar a su hijita cuando descubre que en la cuna no hay ningún bebé sino una criatura… ¡Un monstruo!

-¿Un monstruo?

-¡Un gul!

-¿Cómo lo sabes… cómo sabes que se trataba de un gul?

-Es lo que todos dicen. La noticia corrió como reguero de pólvora y una vez que Whalton intentó matar a la cosa esa y recuperar a su bebé ya se sabía que era un gul. Alguien había leído esos viejos libros de brujería… tú entiendes… Todavía hay varios de esos tomos prohibidos por ahí, con

páginas gruesas de grabados extraños y sucios… tú sabes… con dibujos obscenos… con coordenadas en clave y que están encuadernados en piel. Esas coordenadas le dicen, al que sepa leerlas o interpretarlas, dónde se localizan todos los círculos y octágonos y pentáculos de piedra que las siete familias de enjuiciados construyeron por todo Salem. A propósito… ¿No tenías tú uno de esos libros, heredado por tu abuelo, el bueno de Giles Corey, que fue acusado de brujería y ejecutado bajo el peso de varias piedras, sometido a la tortura de *peine forte et dure*?

-Lo tenía… pero ese libro se perdió hace varios años… no sé dónde habrá quedado –Se apresura a explicar Corey.

-Es una lástima… El caso es que esa criatura quería reemplazar al bebé de los Whalton pero él le ha echado a golpes y patadas… Lo más raro de todo eso es que Whalton afirma que la cosa huyó por la ventana emitiendo chillidos como si se tratara del llanto de niño… Un sollozo de bebé asustado.

-Un gul en busca de madre y de padre –opina Corey, la vista baja, la voz baja.

-¿Lo sabías, eh? ¿A que sabías de eso? Que los gules reemplazan a los bebés humanos. Debiste leerlo en el libro de arcanos del abuelo ¿eh? ¡No lo niegues!

-¡No lo niego! –Corey levanta la voz- Sólo no recuerdo todo lo que leí alguna vez.

-¿Y sabes cómo se multiplican esas cosas?

-No… no sé… no recuerdo haber leído nada de eso… -Dice Corey en voz baja y la vista al suelo.

-El libro de los arcanos explica que los gules se fecundan a sí mismos pero también pueden engendrar por medio de una mujer. Si hay mujeres cerca, ellos preferirán ese medio para tener descendencia pero si las condiciones son desfavorables, bueno… ¡Pues se fecundan a sí mismos y ya está!

-¿Y cómo sabes todo eso?

-Porque yo también tenía un libro de los arcanos como el que heredaste tú. Por eso creo que es un gul eso que anda por ahí, haciendo de las suyas… -Se inclina hacia Corey otra vez-: Y te diré una cosa muy importante, Giles Corey, ten mucho cuidado de hacer tratos con gules… “pues un gul es un gul aún en el mejor de los casos…”

Binner se vuelve hacia su caballo, coge las riendas y saluda con el sombrero.

-¡Hasta pronto, Giles Corey!… ¡Cuídate mucho y sobre todo de los diablillos de las cerraduras!

-¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando?

-Cuando uno se apasiona por una mujer ajena… bueno, ellos llegan… llegan después de que uno les ha cobijado y arrojado luego… ¿Entiendes? ¡Hasta los gules son capaces de tener celos!

-¿Qué insinúas, Jeremiah Binner?

Binner mira la ventana de la casa de Corey. La mujer de Morton apenas se asoma ya se oculta otra vez.

-¡Nada si no te desvías de la buena senda, Giles Corey, nada si no te desvías de la buena senda! ¡Hasta pronto! –Vuelve a saludar con el sombrero y espolea los flancos del animal. El caballo sale al galope. Corey lo ve alejarse hasta perderse de vista.

Regresa a su casa. Antes de cerrar la puerta echa una mirada hacia los bosques, busca y rebusca, pero no ve nada raro o sospechoso y termina por entrar. Cerca, el bosque ondea como una cortina al viento y sigue moviéndose aun cuando ya no haya viento que sople.

VI

-No –dice Corey-, aquí no podrá entrar.

Está sentado a un lado de la ventana cerrada, con el rifle sobre las piernas, vigilando. Sabe que habrá escapado hacia el cementerio. Sabe que estará morando ahí, alimentándose ahí, odiándole ahí. Planeando su ataque desde ahí.

Fuma la pipa de maíz y vigila. Se levanta. Calienta café. Vuelve a la ventana. Vigila un poco más. Afuera cae la tarde y trae un viento que levanta el polvo del camino. Va a ver a su mujer, al cuarto cerrado. La encuentra despierta, tranquila, sobre la cama. Ella lo reconoce. Le sonríe. Él le besa la frente y los labios. Le acaricia el cabello. Le dice que la protegerá hasta el final. Regresa a su silla. Mira hacia fuera.

Lo ve. Ve cómo se esconde detrás de la cubeta de madera que dejara cerca del pozo. Lo ve acercarse furtivo hacia el brocal del pozo. Recuerda la primera vez que lo encontró ahí. Dijérase *como cuando nació*. Afuera casi anochece. Se prepara. Abre apenas la ventana y apunta con el rifle. Cuando la criatura asoma desde detrás del pozo le dispara. La cosa cae con la

cabeza hecha pedazos. Pedazos que salpican pedazos. Se sorprende. Ve ahora a los otros. Descubre a los otros. Ahí y allá, detrás de un arbusto, de una roca, uno más que se acerca al cubo, que cae sobre la cabeza del compañero, despedazada por el balazo, y se pone a comer ahí mismo. ¡Un ejército de gules llegados desde el cementerio!

Corey dispara. El otro gul cae sobre el cuerpo del anterior. Pero hay más. Muchos más. Dispara, una, dos veces. Surgen como si brotaran de la tierra. Dispara tres veces, cuatro. Se acercan. Carga. Continúa disparando. Avanzan, se esconden. Se esconden detrás de las cosas, las rocas, el cubo, los arbustos, el pozo y los cuerpos de los caídos y avanzan otra vez.

Uno tras otro van cayendo pero son muchos. Muchos. Continúan acercándose. Todos son muy parecidos pero él logra ver, notar las diferencias entre ellos. Algunos tienen pelo sobre la cabeza, como una ligera telaraña, o pedúnculos diminutos a modo de orejas o una barba rala o verrugas en el cuerpo o moretones y tiña.

Pero ¿dónde está *Él*? ¿Dónde se esconde? ¿Dónde puede estar?

En esas dudas se encuentra cuando asaltan la casa. La madera de la puerta cede, se quiebra hacia dentro. Ceden los vidrios en las ventanas, se rompen hacia dentro. Entran. Ellos entran. Corey carga y dispara. Carga y dispara siempre. Se acaba las balas. La emprende a culatazos contra ellos pero son demasiados. Le caen encima como un manto pálido y helado, como la luz de la luna que cubre a los muertos. Lo cubren. Lo muerden. Lo abren. Lo desgarran. Le arrancan trozos. Le arrancan la ropa. Lo desnudan. Lo despedazan. Caen encima de él como una vieja maldición proferida por labios muertos.

Pelean por su carne, por sus miembros separados. Él puede verlo y sentirlo. Ve cómo se arrebatan sus manos tasajeadas a dentelladas, ve cómo le destripan y lo descoyunturan y lo castran de un mordisco y sus testículos se vacían sobre el suelo y luego ya no puede ver porque le arrancan los ojos con los dedos, metiéndolos muy adentro, hasta hurgar en sus sesos. Tampoco puede sentir porque ya está muerto o a punto de morir y la misericordia es tal que ya es ajeno a lo que fuera su cuerpo y a su dolor y a su altísimo grado de desarticulación.

Todo es carne en jirones y ríos de sangre en casa de Corey. Los gules se dan un banquete. En su frenesí carnívoro derriban la mesa, las sillas, la alacena, los utensilios de cocina y todas las demás cosas.

Él aparece en la entrada. Mira los filamentos de carne, los hilachos de las ropas, los manojos de cabello de Corey, que es lo único que queda de quien fuera su padre. Va ahora por ella. Directamente. Se pega a la puerta. Mira

por la cerradura.

En un atisbo de lucidez ella tira del picaporte de la puerta. Está cerrada. Mete con furia la llave en la cerradura, picándole el ojo a la criatura que aúlla de dolor. Se vuelve hacia la cama. Se echa sobre el colchón. Recoge las piernas. Se acurruca en el rincón que forma la unión de las paredes. Mira. Se lleva las manos a los oídos. No puede dejar de mirar la puerta. No puede evitar escuchar la violencia carnicera de más allá de la puerta ni los dedos que rascan en la madera.

Abre los ojos. En un instante valiente o curioso o valiente y curioso a la vez, ella abre los ojos y mira la puerta otra vez. Ve la cerradura. La llave está tirada en el suelo. Observa un brillo en la cerradura. Ve perfectamente un ojo que la mira. El ojo parpadea. Negro pero brillante, como azabache lunar, la mira. El ojo se cierra o desaparece. El ojo ya no está. El ruido cesa. El horrendo sonido de succión y del quebrarse y astillarse de huesos ha cesado. Ella se levanta. La ligera bata abierta por delante, como alas abiertas, como una flor abierta, con el sexo abierto. Va hacia la puerta. Va, con un seno núbil de romo pezón y el otro redondo, sin pezón alguno, como una naranja herida. Pega la cara en la puerta. No oye nada, no oye absolutamente nada. Se agacha. Mira por la cerradura. Detrás no hay nadie. Nadie ni nada vivo.

Temblando, sin atreverse a abrir, se vuelve a la cama, le da la espalda a la puerta. Escucha un sonido. Es un claro rechinar de dientes. Voltea, aterrada. La criatura le cae encima. Le salta en medio de los senos, la cubre. Ambos caen sobre la cama. Su bata se abre. A ella la abren. La separan. Sus piernas se abren al máximo. En medio de las piernas de la cosa la vagina retrae los dientes y el pene se erecta. En el glande se abre una boca diminuta y dentada que se abre paso en medio de ella, en medio de sus piernas, en medio del tupido vello pelirrojo y que le abre los labios vaginales a dentelladas rojas, lacerándole los bordes y entra en ella, helado como carámbanos de un feroz invierno, y descarga una cantidad inmensa de un semen amarillo y pestífero que quema adentro como el acero líquido, y la inunda y la desborda y pierde ella el conocimiento en un acto piadoso de cerrazón de conciencia.

VIII

Despierta. Adolorida, lacerada, recorre la casa como una sonámbula. Apenas repara en los coágulos o los minúsculos pedazos de hueso o la carne picada

que todo lo han salpicado. Busca. Lo recuerda leyendo aquél libro. Y recuerda la conversación que tuviera con Binner mientras ella espiaba por la ventana. Sabía que Binner la había visto. Sabía que Binner le hablaba a ella y no a él. No a Corey necesariamente sino necesariamente a ella. *Busca el libro. Busca el libro y lee,* habríale dicho Binner.

Eso había entendido. Eso había comprendido. Y, debajo de las duelas bajo la mesa volcada, lo encuentra. El libro está envuelto en un pedazo de seda roja, un pedazo de tela rojo. Pero su rojo es ajeno al rojo de la sangre. Es un rojo exótico a ese entorno maldito. Un rojo de seda. Un pedazo de otro mundo que envuelve un libro de otro mundo y de otro orden de cosas. Acerca una silla a la entrada, y a la luz de la mañana recién nacida, se pone a leer.

El dolor en el sexo disminuye, de manera sobrenatural. De entre las piernas percibe el olor a tierra podrida del cementerio. Después prepara todo. Saca de debajo de las duelas la bolsita de cuero con los polvos. Hierve agua. Calienta un cuchillo sobre las llamas y lo sumerge en el cazo con agua hervida. Se pone un pedazo de madera entre los dientes y procede. Se desnuda. Se sienta sobre la silla en la entrada. Separa las piernas. Muerde el pedazo de madera. Corta hacia arriba, desde el clítoris, hundiendo el cuchillo apenas y metiendo dos dedos. Grita hacia adentro, a punto de desmayarse.

Hurga dentro de sí misma. El dolor es atroz. Con los dedos bañados en sangre extrae la semilla. Saca la almendra que palpita y que suelta en el suelo. Con la otra mano coge con dedos temblorosos los polvos y los esparce sobre la herida. Cae desmayada sobre el suelo, a un lado de la almendra recorrida por esas venas y arteriolas que permiten ver la circulación de su sangre anormal.

IX

Mueve la cabeza para quitarse de encima dolor y torpeza. Está bañada en sudor. El viento sopla sobre la cortina del bosque, lo hace ondear y susurrar como un mar verde que repta. Se echa encima la bata. La abotona. El viento hace ondear su bata, distiende su cabello como una flama en medio de una bandada de cuervos. Y, arriba, ve los cuervos. Va al establo. Libera a Mitch, el caballo, suelta a Clarissa, la vaca y al buey pesado y dócil. Vuelve a la puerta de entrada. Coge con dos dedos la almendra del suelo y la empuña antes de echar a andar por el sendero. La tarde está cayendo. Se apura.

Arriba vuelan los cuervos que ya huelen los fluidos orgánicos y están prontos a caer.

Llega al octágono de piedra. La cruz que Corey hiciera sobre la tierra le muestra el sitio exacto donde debe enterrar la semilla. Se arrodilla. Hace un agujero en la tierra con el cuchillo. Echa la almendra adentro. La cubre con tierra.

-¡Quédate aquí, diablillo, quédate aquí, en el centro de este sol de piedra, quédate encerrado, que la noche no te alcance, que la tierra no te alimente, que no puedas comer carne ni de muertos ni de vivos… Que por las cerraduras no alcances a engendrar, a sembrar tu semilla, a cultivar tu almendra viva y muerta que palpita y se agita, viva y muerta a la vez!

Vuelve sobre sus pasos. Entra en la casa de Corey. Coge el rifle y una sola bala que encuentra y recoge de entre las duelas del piso. Se sienta a la entrada. Mira una sola vez el bosque, que escucha, que llama, mete el cañón en su boca y se dispara contra la encía, haciéndose volar la cabeza.

X

-Así que supo de mi establecimiento y de mi catálogo por Internet.

El hombre vestido de negro asiente. Su cara está ensombrecida por un sombrero de ala ancha. Echa una mirada a través de los estantes que se elevan muy alto. Mira la mesa delante, mira las mesas que tiene a la espalda. Va y viene entre los espacios que se abren entre las mesas y los libreros, revisando, tocando, hojeando los libros.

-Mis hijos se han encargado de subir varios de los títulos y las fotografías de los libros más raros –El librero le sigue, pegado a sus talones.

-¡Aquí está! ¡Es cierto!… ¿Cuál es el precio de este tomo? –Pregunta por fin, maravillado, inclinándose sobre la mesa donde se exponen los libros más antiguos, al lado de clepsidras, relojes de sol y de arena, máscaras de porcelana y frascos de lágrimas.

-Ese es un libro muy viejo… Está en muy buenas condiciones.

-¿Cuánto? –El del sombrero se impacienta.

-Deme usted… ¿Qué le parece cincuenta mil?

El hombre del sombrero firma un cheque, que le entrega al anticuario, sin regatear. Sale de la librería con el libro envuelto en seda roja, bajo el brazo. Se detiene en la entrada. Echa una mirada a ambos lados de la calle. Hay

poca gente pasando por ahí. Aborda su Jeep. Antes de encender el vehículo, se pone a revisar el libro contra el volante. Sobre el grabado del octágono de piedra coloca un receptor de GPS. Lee las anotaciones de una hoja de papel que extrae de un bolsillo de su gabardina y observa el grabado del libro. Compara. Lee e interpreta los símbolos que se alinean en dos columnas laterales al grabado del octágono. Alimenta con los datos el aparato y emprende la marcha.

Cuando la tarde se ensombrece en el cielo, él ya está arrodillado justo en medio del octágono de piedra. Cava con las manos. Extrae la almendra de la tierra. La limpia con los dedos. La mira a contraluz. Ve el embrión dentro, vivo y palpitante. Sonríe.

Alrededor, las cortinas del bosque susurran pero no hay viento que sople y las ramas se inclinan, como queriéndolo alcanzar o acariciar o darle ánimos.

Pedro Paunero es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo “Las cinco grandes utopías del Siglo XX” en la web española Alfa Eridiani.

Ha publicado en Axxón, en Ficciones: LA PUERTA EN EL MONTE, LA MÁQUINA INÚTIL: INCIDENTE EN EL JARDÍN DE NIÑOS (UN ABSURDO ARGUMENTO DE CINE ‘SERIE B’), LO QUE PUEDO VER POR LA VENTANA, LÍNEA DE SANGRE, FIEBRE (UNA HISTORIA DE AMOR ‘BODY HORROR’), RECETA PARA UNA DIETA, ADVENIMIENTO OSCURO, LA PUERTA EN EL MONTE, LA MÁQUINA INÚTIL: INCIDENTE EN EL JARDÍN DE NIÑOS (UN ABSURDO ARGUMENTO DE CINE ‘SERIE B’), LO QUE PUEDO VER POR LA VENTANA, LÍNEA DE SANGRE, FIEBRE (UNA HISTORIA DE AMOR ‘BODY HORROR’), RECETA PARA UNA DIETA, ADVENIMIENTO OSCURO

Hasta que la muerte nos separe

E. N. Loizis

 **GRECIA**

Jennifer miró estupefacta al hombre que estaba sentado frente a ella.

—Disculpa, ¿me repites lo que dijiste?

—Soy un vampiro.

—¿Tú, un vampiro?

—Sí.

—Como en… ¿muerto?

—Preferimos el término *no-muerto*.

—Como en beber sangre, dormir cabeza abajo, vivir para siempre, ¿ese tipo de cosas?

—Básicamente.

—¿Algunos otros detalles que debería conocer?

—Brillo en el sol, así que sólo puedo trabajar de noche.

Jennifer deseó irse a su casa, pero no podía. Casa era donde su ex estaba teniendo sexo con una barbie llamada Candy. *Candy*. Sonaba como el sobrenombre de una stripper, no como la razón por la que su vida se había desmoronado. Jennifer notó que sus manos estaban temblando y que su entrevistado la miraba fijo con ojos saltones. Si no hubiera estado tan desesperada por encontrar un barman que reemplace a Félix, probablemente ahora estaría acosando a su némesis y a ese sucio traidor con el que había desperdiciado sus mejores años de maternidad.



Ilustración: Pedro Bel

Jennifer encendió un cigarrillo e intentó imaginar al hombre frente a ella mordiéndole el cuello a Candy, chupándole la vida. Ella no podría. El asunto es que él era increíblemente petiso. Y como si eso no fuera suficiente, parecía desnutrido y le faltaban un par de dientes. ¿Cómo cornos podría penetrar en la carne con dientes faltantes?

—¿Cómo era que te llamabas?

—Bob.

—¿Sólo… Bob?

—Sí.

La paciencia de Jennifer comenzaba a agotarse. “Igor” hubiera estado bien. “Vladimir” todavía mejor. Carajo, hasta se hubiera conformado con un “Edward”. Pero un vampiro llamado “Bob” era peor que una stripper llamada “Candy”.

—Escúchame, *Bob*. ¿Cómo puedo confiar en ti? No puedo tener… bueno, tenerte a vos sirviendo tragos con tantas personas—un tenedor libre— alrededor, ¿o sí?

—No debe preocuparse por eso. — Bob relució una sonrisa orgullosa, llena de espacios vacíos. –Sólo me alimento de animales. Roedores, para ser exacto.

—¿Comes ratones?

—Ratones, ratas, ardillas. La gente extrañará a Bola de Nieve, su gatito peludo, pero a nadie le importa una rata anónima.

—¡Qué… considerado! —dijo Jennifer. *De todos los vampiros en el mundo, me toca entrevistar a uno que está en rehabilitación.*

Jennifer se paró y estrechó manos con Bob. –Gracias por tu tiempo. Te haré saber mi decisión.

Bob se fue y Jennifer encendió otro cigarrillo. Los rulos rubios y estúpidos de Candy probablemente estuvieran cubriendo la pelvis de Jack ahora. El

cigarrillo quemaba despacio, a medida que Jennifer trataba de detener el temblor en su mano.

Si tan sólo pudiera encontrar a alguien como Bob, pero menos patético. Alguien fuerte. Amenazante. Que guste de los dulces. Alguien que no tuviera problema en volverse un Gary Oldman e ir tras esos sinvergüenzas. Félix entró justo en el momento que ella estaba apagando su cigarrillo.

—¿Has tenido suerte?—preguntó mientras se acercaba a la barra para comenzar a limpiar para la noche.

—No todavía, pero estoy trabajando en eso.

Ella abrió su laptop y empezó a escribir:

Urgente: se necesita barman fuerte y aventurero. Perfiles con antecedentes criminales tendrán prioridad. Compensación adicional por horas extras en la madrugada disponible para individuos con motivación extra. Bienvenidos aquellos con dietas alternativas. Sólo horario nocturno. Contactar a Jennifer.

Actualizó el texto en la página de búsquedas laborales, con una enorme sonrisa mientras hacía clic en *enviar*.

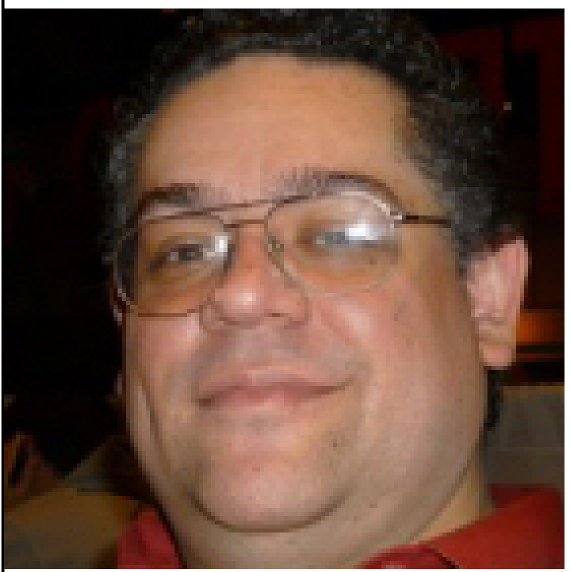
Este cuento fue publicado originalmente en inglés, en *Stupefying Stories Showcase* en octubre de 2014, en http://stupefyingstoriesshowcase.com/?p=181

Traducción: Matías Carnevale

E. N. Loizis es una escritora griega atrapada en el cuerpo de una traductora técnica que vive en Alemania. Sus cuentos han sido publicados en *Stupefying Stories*, *Apocrypha and Abstractions*, y *Freeze Frame Fiction*. Pueden encontrarla en http://www.enloizis.com y Facebook: https://www.facebook.com/enloizis/.

Editorial - Axxón 282

ARGENTINA



Sí, Axxón volvió. De a poco, con vacilaciones, volvemos a asomar y a publicar nuevo contenido en nuestro sitio. Nos dolía mucho a todos que esta voz que se hizo oír durante tanto tiempo tuviera que guardar silencio por causas de fuerza mayor. Como ha pasado otras veces con anterioridad, algún colaborador o amigo de la casa miró para los costados, y dijo: “Bueno, si no hay nadie más que pueda hacerlo, seré yo.”

Y aquí estamos.

Este que escribe no pensó que en algún momento estaría en esta posición. Ciertamente no era eso lo que tenía en mente al enviar el mensaje que salió publicado en el Correo del número 53, y al que respondieron varias personas en el Correo mismo y en la Garrafa Virtual (¿se acuerdan?). Tampoco al ver publicados alguno de sus cuentos en las Axxones ejecutables o ya en la Axxón en formato web, a lo largo de los años.

Axxón ha sido siempre parte de mi vida y es por eso que siempre he colaborado en lo que he podido, con formatos móviles, con artículos, y últimamente con el proceso de selección, aportando las herramientas que permiten ordenarlo y gestionarlo mejor y

facilitando a nuestros evaluadores hacernos llegar sus aportes en forma fácil y centralizada.

Ahora estoy dando el paso final, seleccionando los textos que se publican a partir de esas evaluaciones. Y la sensación de estar intentando llenar un par de zapatos muy grandes es bastante abrumadora.

Pero la necesidad era mayor que mis propias dudas, así que pusimos manos a la obra, y el número 282 está a la vista de todos.

Así que Axxón está de vuelta. El propósito de mi labor aquí será seguir trabajando para que se siga escuchando esta voz, este lugar tan querido por mucha gente, desde el que muchas voces se sumaron al coro de la literatura de ciencia ficción, fantasía y terror. Seguir "abriendo puertas", como dice nuestra página principal, para que nuevas y viejas voces que comparten nuestra pasión por el género sigan resonando en nuestro idioma.

¿Cómo seguimos?

Todavía hay mucho por hacer. Hay que restablecer las rutinas, reconectar con colaboradores, establecer un ritmo que sea sostenible. Por ahora, entonces, el retorno a la periodicidad mensual no será posible. Como dicen en el mundo de la programación de aplicaciones, Axxón saldrá "cuando esté listo", aunque desde luego la idea es que no haya pausas de un año de duración como la última.

Poco después de la salida de este número alguien me preguntó sobre la periodicidad y yo recordé a mi profesora de literatura del secundario, Lilí Rena, y la periodicidad de nuestro periódico escolar, Atlas, para cuya aparición ella trabajaba incansablemente cada año. Lilí siempre respondía, quizá citando una frase chistosa de algún otro docente: *"Atlas es un masomenosario devezencuandino"*. Y así, por ahora, hasta que empecemos a pisar con pie más firme, Axxón también tendrá un carácter un poco *devezencuandino*.

Pero estamos. Alentamos a nuestros lectores a que nos difundan, nos comenten, nos propongan. Como un joven tímido probando traje nuevo, Axxón estrena nuevo timonel. Y la tripulación espera que nos acompañen en esta nueva etapa.

Daremos lo mejor de nosotros para procurar no decepcionarlos.

No quiero terminar este comentario sin mencionar algo que tiene todo que ver con Axxón y nos produjo muchísima tristeza, y quizá es una de las razones más importantes por las que pospuse escribir este texto ya que mencionarlo era inevitable. El 23 de marzo de 2018 murió nuestra amiga Claudia De Bella. Claudia era una

persona inseparable de Axxón, tanto por sus textos sólidos y sus talentosas traducciones como por la cercana y cariñosa relación que tuvo con muchos de los miembros de la familia de Axxón.

Una porción (comparativamente ínfima) del dolor que siento por su ausencia es el hecho de que, si bien Claudia sabía que estábamos trabajando para la vuelta de Axxón, no llegó a verla concretada. Pero además del dolor, lo que siento es una absoluta incredulidad. Pese a haberla escuchado comentar muchos detalles sobre sus inconvenientes de salud, y de haber experimentado sus largas desapariciones de los lugares cienciaficcionales que solía frecuentar, en nuestros encuentros Claudia siempre transmitió una energía y una vitalidad que hacían difícil pensar en un desenlace triste. La realidad, sin embargo, no nos pide permiso.

El vacío que nos deja su ausencia es profundo. Los que tuvimos el privilegio de ser considerados sus amigos sabemos que ese lugar no lo ocupaba cualquiera. Era el resultado de la apreciación lúcida y generosa de una persona brillante, divertida y de enorme corazón que volvió incomparablemente mejor el mundo de aquellos con los que tuvo relación.

La vamos a extrañar.

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Chinchiya Arrakena, Alejandro Baravalle, Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Julio Cesar Castillo, Daniel Contarelli, Gustavo Courault, Marcelo De Lisio, Néstor Darío Figueiras, Marcelo Huerta San Martín, Serj Alexander Iturbe, Ricardo Manzanaro, Andrés Nieto Bugallo, Hugo A Ramos Gambier, Pablo Vigliano



Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**